

SÓFOCLES

TRAGEDIAS

ÁYAX · LAS TRAQUINIAS · ANTÍGONA ·
EDIPO REY · ELECTRA · FILOCTETES ·
EDIPO EN COLONO



Lectulandia

ANTÍGONA

PERSONAJES

ANTÍGONA.

ISMENE.

CORO de ancianos tebanos.

CREONTE.

GUARDIÁN.

HEMÓN.

TIRESIAS.

MENSAJERO.

EURÍDICE.

Otro MENSAJERO.

(La escena tiene lugar delante del palacio real de Tebas. Primeras luces de madrugada. Salen de palacio Antígona y su hermana Ismene.)

ANTÍGONA. — ¡Oh Ismene, mi propia hermana, de mi misma sangre!, ¿acaso sabes cuál de las desdichas que nos vienen de Edipo va a dejar de cumplir Zeus en nosotras mientras aún estemos vivas? Nada doloroso ni sin desgracia, vergonzoso ni deshonesto existe que yo no haya visto entre tus males y los míos. Y ahora, ¿qué edicto es éste que dicen que acaba de publicar el general^[1] para la ciudad entera? ¿Has oído tú algo y sabes de qué trata? ¿O es que no te das cuenta de que contra nuestros seres queridos se acercan desgracias propias de enemigos?

ISMENE. — A mí, Antígona, ninguna noticia de los nuestros, ni agradable ni penosa, me ha llegado desde que ambas hemos sido privadas de nuestros dos hermanos, muertos los dos en un solo día por una acción recíproca. Desde que se ha ido el ejército de los Argivos, en la noche que ha pasado, nada nuevo sé que pueda hacerme ni más afortunada ni más desgraciada.

ANTÍGONA. — Bien lo sabía. Y, por ello, te he sacado fuera de las puertas de palacio para que sólo tú me oigas.

ISMENE. — ¿Qué ocurre? Es evidente que estás meditando alguna resolución.

ANTÍGONA. — Pues, ¿no ha considerado Creonte a nuestros hermanos, al uno digno de enterramiento y al otro indigno? A Eteocles, según dicen, por considerarle merecedor de ser tratado con justicia y según la costumbre, lo sepultó bajo tierra a fin de que resultara honrado por los muertos de allí abajo. En cuanto al cadáver de Polinices, muerto miserablemente, dicen que, en un edicto a los ciudadanos, ha hecho publicar que nadie le dé sepultura ni le llore, y que le dejen sin lamentos, sin enterramiento, como grato tesoro para las aves rapaces que avizoran por la satisfacción de cebarse.

Dicen que con tales decretos nos obliga el buen Creonte a ti y a mí —sí, también a mí— y que viene hacia aquí para anunciarlo claramente a quienes no lo sepan. Que el asunto no lo considera de poca importancia; antes bien, que está prescrito que quien haga algo de esto reciba muerte por lapidación pública en la ciudad. Así están las cosas, y podrás mostrar pronto si eres por naturaleza bien nacida, o si, aunque de noble linaje, eres cobarde. 35

ISMENE. — ¿Qué ventaja podría sacar yo, oh desdichada, haga lo que haga^[2], si las cosas están así? 40

ANTÍGONA. — Piensa si quieres colaborar y trabajar conmigo.

ISMENE. — ¿En qué arriesgada empresa? ¿Qué estás tramando?

ANTÍGONA. — (*Levantando su mano.*) Si, junto con esta mano, quieres levantar el cadáver.

ISMENE. — ¿Es que proyectas enterrarlo, siendo algo prohibido para la ciudad?

ANTÍGONA. — Pero es mi hermano y el tuyo, aunque tú no quieras. Y, ciertamente, no voy a ser cogida en delito de traición. 45

ISMENE. — ¡Oh temeraria! ¿A pesar de que lo ha prohibido Creonte?

ANTÍGONA. — No le es posible separarme de los míos.

ISMENE. — ¡Ay de mí! Acuérdate, hermana, cómo se nos perdió nuestro padre, odiado y deshonorado, tras herirse él mismo por obra de su mano en los dos ojos, ante las faltas en las que se vio inmerso. Y, a continuación, acuérdate de su madre y esposa —las dos apelaciones le eran debidas—, que puso fin a su vida de afrentoso modo, con el nudo de unas cuerdas. En tercer lugar, de nuestros hermanos, que, habiéndose dado muerte los dos mutuamente en un solo día, cumplieron recíprocamente un destino común con sus propias manos. 50 55

Y ahora piensa con cuánto mayor infortunio pereceremos nosotras dos, solas como hemos quedado, si, forzando la ley, transgredimos el decreto o el poder del tirano. Es preciso que consideremos, primero, que somos mujeres, no hechas para luchar contra los hombres, y, después, que nos mandan los que tienen más poder, de suerte que tenemos que obedecer en esto y en cosas aún más dolorosas que éstas. 60

Yo por mi parte, pidiendo a los de abajo que tengan indulgencia, obedeceré porque me siento coaccionada a ello. Pues el obrar por encima de nuestras posibilidades no tiene ningún sentido. 65

ANTÍGONA. — Ni te lo puedo ordenar ni, aunque quisieras hacerlo, 70

colaborarías ya conmigo dándome gusto. Sé tú como te parezca. Yo le enterraré. Hermoso será morir haciéndolo. Yaceré con él al que amo y me ama, tras cometer un piadoso crimen^[3], ya que es mayor el tiempo que debo agradar a los de abajo que a los de aquí. Allí reposaré para siempre. Tú, si te parece bien, desdeña los honores a los dioses. 75

ISMENE. — Yo no les deshonro, pero me es imposible obrar en contra de los ciudadanos.

ANTÍGONA. — Tú puedes poner pretextos. Yo me iré a levantar un túmulo al hermano muy querido. 80

ISMENE. — ¡Ah, cómo temo por ti, desdichada!

ANTÍGONA. — No padezcas por mí y endereza tu propio destino.

ISMENE. — Pero no delates este propósito a nadie; mantenlo a escondidas, que yo también lo haré. 85

ANTÍGONA. — ¡Ah, grítalo! Mucho más odiosa me serás si callas, si no lo pregonas ante todos.

ISMENE. — Tienes un corazón ardiente para fríos asuntos^[4].

ANTÍGONA. — Pero sé agradar a quienes más debo complacer.

ISMENE. — En el caso de que puedas, sí, pero deseas cosas imposibles. 90

ANTÍGONA. — En cuanto me fallen las fuerzas, desistiré.

ISMENE. — No es conveniente perseguir desde el principio lo imposible.

ANTÍGONA. — Si así hablas, serás aborrecida por mí y te harás odiosa con razón para el que está muerto. Así que deja que yo y la locura, que es sólo mía, corramos este peligro. No sufriré nada tan grave que no me permita morir con honor. 95

ISMENE. — Bien, vete, si te parece, y sabe que tu conducta al irte es insensata, pero grata con razón para los seres queridos.

(Antígona sale. Ismene entra en palacio. El Coro se presenta llamado por Creonte.)

CORO.

Estrofa 1.^a

Rayo de sol, la más bella luz vista en Tebas, la de las siete puertas, te has mostrado ya, ¡oh ojo del dorado día!, viniendo sobre la corriente del Dirce^[5], tú, que al guerrero de blanco escudo^[6] que vino de Argos con su equipo, has acosado como a un presuroso 100 105

fugitivo en rápida carrera, y al que Polinices condujo contra nuestra 110
 tierra, excitado por equívocas discordias^[7]. Lanzando agudos gritos, 115
 voló sobre nuestra tierra como un águila cubierta con plumas de
 blanca nieve, con abundante armamento, con yelmos guarnecidos
 con crines de caballos.

Antístrofa 2.^a

Detenido sobre nuestros tejados, y habiendo abierto sus fauces en
 torno a los accesos de las siete puertas con lanzas ansiosas de 120
 muertes, se marchó antes de saciar su garganta con nuestra sangre y
 de que el fuego^[8] de las antorchas de pino se apoderara del círculo
 que forman las torres. Tal fue el estrépito de Ares que se extendió en 125
 torno a nuestras espaldas, difícil prueba para el dragón
 adversario^[9].

Zeus odia sobremanera las jactancias pronunciadas por boca
 arrogante y, viendo que ellos avanzan en gran afluencia, orgullosos 130
 del dorado estrépito, rechaza con su rayo a quien se disponía a gritar
 victoria desde las altas almenas^[10].

Estrofa 2.^a

Sobre la dura tierra cayó, como un Tántalo^[11] portador de fuego, 135
 el que, dominado por maníaco impulso, resoplaba con los ímpetus de
 odiosos vientos.

Pero las cosas salieron de otro modo, y el gran Ares impetuoso 140
 fue distribuyendo a cada cual lo suyo sacudiendo fuertes golpes.

Pues siete capitanes, dispuestos ante las siete puertas frente a
 igual número, dejaron a Zeus, el que aleja los males, todo su
 armamento como tributo, excepto los dos desgraciados que, nacidos
 de un solo padre y de una sola madre, tras colocar en posición sus 145
 lanzas —ambas poderosas—, obtuvieron los dos su lote de muerte
 común.

Antístrofa 2.^a

Llegó la Victoria, de glorioso nombre, y se regocijó con Tebas, la 150
 rica en carros. De los combates que acaban de tener lugar, que se
 haga el olvido. Vayamos a todos los templos de los dioses en coros^[12]
 durante la noche, y Baco, el que hace temblar la tierra de Tebas, sea
 nuestro guía.

Pero aquí se presenta el rey del país, Creonte, el hijo de Meneceo, nuevo jefe a la vista de los recientes sucesos enviados por los dioses. ¿A qué proyecto está dándole vueltas, siendo así que ha convocado especialmente esta asamblea de ancianos y nos ha hecho venir por una orden pregonada a todos?

(Sale Creonte del palacio, rodeado de su escolta, y se dirige solemne al Coro.)

CREONTE. — Ciudadanos, de nuevo los dioses han enderezado los asuntos de la ciudad que la habían sacudido con fuerte conmoción. Por medio de mensajeros os he hecho venir a vosotros, por separado de los demás, porque bien sé que siempre tuvisteis respeto a la realeza del trono de Layo, y que, de nuevo, cuando Edipo hizo próspera a la ciudad, y después de que él murió, permanecisteis con leales pensamientos junto a los hijos de aquél.

Puesto que aquéllos, a causa de un doble destino, en un solo día perecieron, golpeando y golpeados en crimen parricida, yo ahora poseo todos los poderes y dignidades por mi cercano parentesco con la familia de los muertos.

Pero es imposible conocer el alma, los sentimientos y las intenciones de un hombre hasta que se muestre experimentado en cargos y en leyes. Y el que al gobernar una ciudad entera no obra de acuerdo con las mejores decisiones, sino que mantiene la boca cerrada por el miedo, ése me parece —y desde siempre me ha parecido— que es el peor. Y al que tiene en mayor estima a un amigo que a su propia patria no lo considero digno de nada. Pues yo —¡sépalos Zeus que todo lo ve siempre! — no podría silenciar la desgracia que viera acercarse a los ciudadanos en vez del bienestar, ni nunca mantendría como amigo mío a una persona que fuera hostil al país, sabiendo que es éste el que nos salva y que, navegando sobre él, es como felizmente haremos los amigos^[13]. Con estas normas pretendo yo engrandecer la ciudad.

Y ahora, de acuerdo con ellas, he hecho proclamar un edicto a los ciudadanos acerca de los hijos de Edipo. A Eteocles, que murió luchando por la ciudad tras sobresalir en gran manera con la lanza, que se le sepulte en su tumba y que se le cumplan todos los ritos sagrados que acompañan abajo a los cadáveres de los héroes. Pero a su hermano —me refiero a Polinices—, que en su vuelta como

desterrado quiso incendiar completamente su tierra patria y a las
deidades de su raza, además de alimentarse de la sangre de los suyos,
y quiso llevárselos en cautiverio, respecto a éste ha sido ordenado por
un heraldo a esta ciudad que ninguno le tribute los honores postreros
con un enterramiento, ni le llore. Que se le deje sin sepultura y que su
cuerpo sea pasto de las aves de rapiña y de los perros, y ultraje para la
vista. Tal es mi propósito, y nunca por mi parte los malvados estarán
por delante de los justos en lo que a honra se refiere. Antes bien,
quien sea benefactor para esta ciudad recibirá honores míos en vida
igual que muerto.

CORIFEO. — Eso has decidido hacer, hijo de Meneceo, con
respecto al que fue hostil y al que fue favorable a esta ciudad. A ti te
es posible valerte de todo tipo de leyes, tanto respecto a los muertos
como a cuantos estamos vivos.

CREONTE. — Ahora, para que seáis vigilantes de lo que se ha
dicho...

CORIFEO. — Ordena a otro más joven que sobrelleve esto^[14].

CREONTE. — Pero ya están dispuestos guardianes del cadáver.

CORIFEO. — Conque, ¿qué otra cosa nos encargas, además de lo
dicho?

CREONTE. — Que no os ablandéis ante los que desobedezcan esta
orden.

CORIFEO. — Nadie es tan necio que desee morir.

CREONTE. — Éste, en efecto, será el pago. Pero bajo la esperanza
de provecho muchas veces se pierden los hombres.

(Entra un guardián de los que vigilan el cadáver de Polinices.)

GUARDIÁN. — Señor, no puedo decir que por el apresuramiento en
mover rápido el pie llego jadeante, pues hice muchos altos a causa de
mis cavilaciones, dándome la vuelta en medio del camino. Mi ánimo
me hablaba muchas veces de esta manera: «¡Desventurado! ¿Por qué
vas adonde recibirás un castigo cuando hayas llegado? ¡Infortunado!
¿Te detienes de nuevo? Y si Creonte se entera de esto por otro
hombre, ¿cómo es posible que no lo sientas?» Dándole vueltas a tales
pensamientos venía lenta y perezosamente, y así un camino corto se
hace largo. Por último, sin embargo, se impuso el llegarme junto a ti,

235

y, aunque no descubriré nada, hablaré. Me presento, pues, aferrado a la esperanza de no sufrir otra cosa que lo decretado por el azar.

CREONTE. — ¿Por qué tienes este desánimo?

GUARDIÁN. — Quiero hablarte primeramente de lo que a mí respecta. El hecho ni lo hice yo, ni vi quién lo hizo, y no sería justo que me viera abocado a alguna desgracia. 240

CREONTE. — Bien calculas y ocultas el asunto con un rodeo. Está claro que algo malo vas a anunciar.

GUARDIÁN. — Las palabras terribles producen gran vacilación.

CREONTE. — ¿Y no hablarás de una vez y después te irás lejos de aquí?

GUARDIÁN. — Te lo digo ya: alguien, después de dar sepultura al cadáver, se ha ido, cuando hubo esparcido seco polvo sobre el cuerpo y cumplido los ritos que debía. 245

CREONTE. — ¿Qué dices? ¿Qué hombre es el que se ha atrevido?

GUARDIÁN. — No lo sé, pues ni había golpe de pala ni restos de tierra cavada por el azadón. La tierra está dura y seca, sin hendir, y no atravesada por ruedas de carro. No había señal de que alguien fuera el artífice. Cuando el primer centinela nos lo mostró, un embarazoso asombro cundió entre todos, pues él^[15] había desaparecido, no enterrado, sino que le cubría un fino polvo, como obra de alguien que quisiera evitar la impureza. Aun sin haberlo arrastrado, no aparecían señales de fiera ni de perro alguno que hubiese venido. 250 255

Resonaban los insultos de unos contra otros, acusándonos entre nosotros mismos, y se habría producido al final un enfrentamiento sin que estuviera presente quien lo impidiera. Pues cada uno era el culpable, pero nadie lo era manifiestamente, sino que negaban saber nada. Estábamos dispuestos a levantar metales al rojo vivo con las manos, a saltar a través del fuego^[16] y a jurar por los dioses no haberlo hecho, ni conocer al que había tramado la acción ni al que la había llevado a la práctica. 260 265

Finalmente, puesto que en la investigación no sacábamos nada nuevo, habla uno que nos movió a todos a inclinar la cabeza al suelo por el temor. Y no sabíamos replicarle, ni cómo actuaríamos para que nos saliera bien. La propuesta era que había de serte comunicado este hecho y que no lo ocultaríamos. Esto fue lo que se impuso y la suerte me condenó a mí, desafortunado, a cargar con esta «buena» misión. 270 275

Estoy aquí en contra de mi voluntad y de la tuya, bien lo sé. Pues nadie quiere un mensajero de malas noticias.

CORIFEO. — Señor, mis pensamientos están, desde hace un rato, deliberando si esto es obra de los dioses.

CREONTE. — No sigas antes de llenarme de ira con tus palabras, 280
no vayas a ser calificado de insensato a la vez que de viejo. Dices algo intolerable cuando manifiestas que los dioses sienten preocupación por este cuerpo. ¿Acaso dándole honores especiales como a un bienhechor iban a enterrar al que vino a prender fuego a 285
los templos rodeados de columnas y a las ofrendas, así como a devastar su tierra y las leyes? ¿Es que ves que los dioses den honra a los malvados? No es posible. Algunos hombres de la ciudad, por el 290
contrario, vienen soportando de mala gana el edicto y murmuraban contra mí a escondidas, sacudiendo la cabeza, y no mantenían la cerviz bajo el yugo, como es debido, en señal de acatamiento. Sé bien que éstos, inducidos por las recompensas de aquéllos^[17], son los que lo han hecho.

Ninguna institución ha surgido peor para los hombres que el 295
dinero. Él saquea las ciudades y hace salir a los hombres de sus hogares. Él instruye y trastoca los pensamientos nobles de los hombres para convertirlos en vergonzosas acciones. Él enseñó a los 300
hombres a cometer felonías y a conocer la impiedad de toda acción. Pero cuantos por una recompensa llevaron a cabo cosas tales concluyeron, tarde o temprano, pagando un castigo.

Ahora bien, si Zeus aún tiene alguna veneración por mi parte, 305
sabed bien esto —y te hablo comprometido por un juramento—: que, si no os presentáis ante mis ojos habiendo descubierto al autor de este sepelio, no os bastará sólo la muerte. Antes, colgados vivos, evidenciaréis esta insolencia, a fin de que, sabiendo de dónde se debe 310
adquirir ganancia, la obtengáis en el futuro y aprendáis, de una vez para siempre, que no debéis desear el provecho en cualquier acción. Pues, a causa de ingresos deshonorosos, se pueden ver más descarriados que salvados.

GUARDIÁN. — ¿Me permitirás decir algo, o me voy así, dándome 315
la vuelta?

CREONTE. — ¿No te das cuenta de que también ahora me resultas molesto con tus palabras?

GUARDIÁN. — ¿En tus oídos te hieren o en tu alma?

CREONTE. — ¿Por qué precisas dónde se sitúa mi aflicción?

GUARDIÁN. — El culpable te aflige el alma, yo los oídos. 320

CREONTE. — ¡Ah, está claro que eres por naturaleza un charlatán!

GUARDIÁN. — Pero esa acción no la he cometido nunca.

CREONTE. — Sí, y encima traicionando tu alma por dinero.

GUARDIÁN. — ¡Ay! Es terrible, ciertamente, para quien tiene una sospecha, que le resulte falsa.

CREONTE. — Dátelas de gracioso ahora con mi sospecha. Que, si 325
no mostráis a los que han cometido estos hechos, diréis abiertamente
que las ganancias alevosas producen penas.

(Entra Creonte en palacio.)

GUARDIÁN. — ¡Que sea descubierto, sobre todo! Pero, si es
capturado como si no lo es —es el azar el que lo resuelve—, de 330
ningún modo me verás volver aquí. Y ahora, sano y salvo en contra
de mi esperanza y de mi convicción, debo a los dioses una gran
merced.

CORO.

Estrofa 1.^a

*Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más
asombroso que el hombre. Él se dirige al otro lado del blanco^[18] mar
con la ayuda del tempestuoso viento Sur, bajo las rugientes olas 335
avanzando, y a la más poderosa de las diosas, a la imperecedera e
infatigable Tierra, trabaja sin descanso, haciendo girar los arados 340
año tras año, al ararla con mulos.*

Antístrofa 1.^a

*El hombre que es hábil da caza, envolviéndolos con los lazos de
sus redes, a la especie de los aturdidos pájaros, y a los rebaños de 345
agrestes fieras, y a la familia de los seres marinos. Por sus mañas se
apodera del animal del campo que va a través de los montes^[19], y 350
unce al yugo que rodea la cerviz al caballo de espesas crines, así
como al incansable toro montaraz.*

Estrofa 2.^a

*Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así 355
como las civilizadas maneras de comportarse, y también, fecundo en*

recursos, aprendió a esquivar bajo el cielo los dardos de los
desapacibles hielos y los de las lluvias inclementes^[20]. Nada de lo 360
por venir le encuentra falta de recursos. Sólo del Hades no tendrá
escapatoria. De enfermedades que no tenían remedio ya ha
discurrido posibles evasiones.

Antístrofa 2.^a

Poseyendo una habilidad superior a lo que se puede uno 365
imaginar, la destreza, para ingeniar recursos, la encamina unas
veces al mal, otras veces al bien. Será un alto cargo en la ciudad,
respetando las leyes de la tierra y la justicia de los dioses que obliga
por juramento.

Desterrado sea aquel que, debido a su osadía, se da a lo que no 370
está bien. ¡Que no llegue a sentarse junto a mi hogar ni participe de 375
mis pensamientos el que haga esto!

(Entra el Guardián arrastrando a Antígona.)

CORIFEO. — Atónito quedo ante un prodigio que procede de los
dioses. ¿Cómo, si yo la conozco, podré negar que ésta es la joven
Antígona? ¡Ay desventurada, hija de tu desdichado padre Edipo! 380
¿Qué pasa? ¿No será que te llevan porque has desobedecido las
normas del rey y ellos te han sorprendido en un momento de locura?

GUARDIÁN. — Ésta es la que ha cometido el hecho. La cogimos 385
cuando estaba dándole sepultura. Pero, ¿dónde está Creonte?

CORIFEO. — Oportunamente sale de nuevo del palacio.

CREONTE. — ¿Qué pasa? ¿Por qué motivo llego a tiempo?

GUARDIÁN. — Señor, nada existe para los mortales que pueda ser
negado con juramento. Pues la reflexión posterior desmiente los 390
propósitos. Yo estaba completamente creído de que difícilmente me
llegaría aquí, después de las amenazas de las que antes fui objeto.
Pero la alegría que viene de fuera y en contra de toda esperanza a
ningún otro goce en intensidad se asemeja. He venido, aunque había 395
jurado que no lo haría, trayendo a esta muchacha, que fue apresada
cuando preparaba al muerto^[21]. Y en este caso no se echó a suertes,
sino que fue mío el hallazgo y de ningún otro. Y ahora, rey, tomando
tú mismo a la muchacha, júzgala y hazla confesar como deseas. Que 400
justo es que yo me vea libre de esta carga.

CREONTE. — A ésta que traes, ¿de qué manera y dónde la has cogido?

GUARDIÁN. — Ella en persona daba sepultura al cuerpo. De todo quedas enterado.

CREONTE. — ¿En verdad piensas lo que dices y no me mientes?

GUARDIÁN. — La he visto enterrar al cadáver que tú habías prohibido enterrar. ¿Es que no hablo clara y manifiestamente? 405

CREONTE. — ¿Y cómo fue vista y sorprendida?

GUARDIÁN. — La cosa fue de esta manera: cuando hubimos llegado, amenazados de aquel terrible modo por ti, después de barrer toda la tierra que cubría el cadáver y de dejar bien descubierto el cuerpo, que ya se estaba pudriendo, nos sentamos en lo alto de la colina, protegidos del viento, para evitar que nos alcanzara el olor que aquél desprendía, incitándonos el uno al otro vivamente con denuestos, por si alguno descuidaba su tarea. Durante un tiempo estuvimos así, hasta que en medio del cielo se situó el brillante círculo del sol. El calor ardiente abrasaba. Entonces, repentinamente, un torbellino de aire levantó del suelo un huracán —calamidad celeste— que llenó la meseta, destrozando todo el follaje de los árboles del llano, y el vasto cielo se cubrió. Con los ojos cerrados sufríamos el azote divino. 410 415 420

Cuando cesó, un largo rato después, se pudo ver a la muchacha. Lanzaba gritos penetrantes como un pájaro desconsolado cuando distingue el lecho vacío del nido huérfano de sus crías. Así ésta, cuando divisó el cadáver descubierto, prorrumpió en sollozos y tremendas maldiciones para los que habían sido autores de esta acción. En seguida transporta en sus manos seco polvo y, de un vaso de bronce bien forjado, desde arriba cubre el cadáver con triple libación^[22]. 425 430

Nosotros, al verlo, nos lanzamos, y al punto le dimos caza, sin que en nada se inmutara. La interrogábamos sobre los hechos de antes y los de entonces, y nada negaba. Para mí es, en parte, grato y, en parte, doloroso. Porque es agradable librarse uno mismo de desgracias, pero es triste conducir hacia ellas a los deudos^[23]. Ahora bien, obtener todas las demás cosas es para mí menos importante que ponerme a mí mismo a salvo. 435 440

CREONTE. — (*Dirigiéndose a Antígona.*) Eh, tú, la que inclina la cabeza hacia el suelo, ¿confirmas o niegas haberlo hecho?

ANTÍGONA. — Digo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE. — (*Al guardián.*) Tú puedes marcharte adonde quieras, 445
libre, fuera de la gravosa culpa. (*A Antígona de nuevo.*) Y tú dime sin
extenderte, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado por un
edicto que no se podía hacer esto?

ANTÍGONA. — Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era manifiesto.

CREONTE. — ¿Y, a pesar de ello, te atreviste a transgredir estos
decretos?

ANTÍGONA. — No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la 450
Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para
los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder
como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e
inquebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de ayer, sino de 455
siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a obtener castigo
por ellas^[24] de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre
alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no?, aun cuando tú no lo hubieras 460
hecho pregonar. Y si muero antes de tiempo, yo lo llamo ganancia.
Porque quien, como yo, viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no va
a obtener provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar alcanzar 465
este destino. Por el contrario, si hubiera consentido que el cadáver del
que ha nacido de mi madre estuviera insepulto, entonces sí sentiría
pesar. Ahora, en cambio, no me aflijo. Y si te parezco estar haciendo
locuras, puede ser que ante un loco me vea culpable de una locura. 470

CORIFEO. — Se muestra la voluntad fiera de la muchacha que
tiene su origen en su fiero padre. No sabe ceder ante las desgracias.

CREONTE. — Sí, pero sábetе que las voluntades en exceso 475
obstinadas son las que primero caen, y que es el más fuerte hierro,
templado al fuego y muy duro, el que más veces podrás ver que se
rompe y se hace añicos. Sé que los caballos indómitos se vuelven
dóciles con un pequeño freno. No es lícito tener orgullosos
pensamientos a quien es esclavo de los que le rodean. Ésta conocía 480
perfectamente que entonces estaba obrando con insolencia, al
transgredir las leyes establecidas, y aquí, después de haberlo hecho,
da muestras de una segunda insolencia: ufanarse de ello y burlarse,
una vez que ya lo ha llevado a efecto.

Pero verdaderamente en esta situación no sería yo el hombre — 485
ella lo sería—, si este triunfo hubiera de quedar impune. Así, sea hija

de mi hermana, sea más de mi propia sangre que todos los que están conmigo bajo la protección de Zeus del Hogar^[25], ella y su hermana no se librarán del destino supremo. Inculpo a aquélla de haber tenido parte igual en este enterramiento. Llamadla. Acabo de verla adentro fuera de sí y no dueña de su mente. Suele ser sorprendido antes el espíritu traidor de los que han maquinado en la oscuridad algo que no está bien. Sin embargo, yo, al menos, detesto que, cuando uno es cogido en fechorías, quiera después hermosearlas. 490 495

ANTÍGONA. — ¿Pretendes algo más que darme muerte, una vez que me has apresado?

CREONTE. — Yo nada. Con esto lo tengo todo.

ANTÍGONA. — ¿Qué te hace vacilar en ese caso? Porque a mí de tus palabras nada me es grato —¡que nunca me lo sea!—, del mismo modo que a ti te desagradan las mías. Sin embargo, ¿dónde hubiera podido obtener yo más gloriosa fama que depositando a mi propio hermano en una sepultura? Se podría decir que esto complace a todos los presentes, si el temor no les tuviera paralizada la lengua. En efecto, a la tiranía le va bien en otras muchas cosas, y sobre todo le es posible obrar y decir lo que quiere^[26]. 500 505

CREONTE. — Tú eres la única de los Cadmeos que piensa tal cosa.

ANTÍGONA. — Éstos también lo ven, pero cierran la boca ante ti.

CREONTE. — ¿Y tú no te avergüenzas de pensar de distinta manera que ellos? 510

ANTÍGONA. — No considero nada vergonzoso honrar a los hermanos.

CREONTE. — ¿No era también hermano el que murió del otro lado?

ANTÍGONA. — Hermano de la misma madre y del mismo padre.

CREONTE. — ¿Y cómo es que honras a éste con impío agradecimiento para aquél?^[27]

ANTÍGONA. — No confirmaré eso el que ha muerto. 515

CREONTE. — Sí, si le das honra por igual que al impío.

ANTÍGONA. — No era un siervo, sino su hermano, el que murió.

CREONTE. — Por querer asolar esta tierra. El otro, enfrente, la defendía.

ANTÍGONA. — Hades, sin embargo, desea leyes iguales.

CREONTE. — Pero no que el bueno obtenga lo mismo que el malvado. 520

ANTÍGONA. — ¿Quién sabe si allá abajo estas cosas son las piadosas?

CREONTE. — El enemigo nunca es amigo, ni cuando muera.

ANTÍGONA. — Mi persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor.

CREONTE. — Vete, pues, allá abajo para amarlos, si tienes que amar, que, mientras yo viva, no mandará una mujer. 525

(Sale Ismene entre dos esclavos.)

CORIFEO. — He aquí a Ismene, ante la puerta, derramando fraternas lágrimas. Una nube sobre sus cejas afea su enrojecido rostro, empapando sus hermosas mejillas. 530

CREONTE. — Tú, la que te deslizaste en mi casa como una víbora, y me bebías la sangre sin yo advertirlo. No sabía que alimentaba dos plagas que iban a derrumbar mi trono. Ea, dime, ¿vas a afirmar haber participado también tú en este enterramiento, o negarás con un juramento que lo sabes? 535

ISMENE. — He cometido la acción, si ésta consiente; tomo parte en la acusación y la afronto.

ANTÍGONA. — Pero no te lo permitirá la justicia, ya que ni tú quisiste ni yo me asocié contigo.

ISMENE. — En estas desgracias tuyas, no me avergüenzo de hacer yo misma contigo la travesía de esta prueba. 540

ANTÍGONA. — De quién es la acción, Hades y los dioses de abajo son testigos. Yo no amo a uno de los míos, si sólo de palabra ama.

ISMENE. — ¡Hermana, no me prives del derecho a morir contigo y de honrar debidamente al muerto! 545

ANTÍGONA. — No quieras morir conmigo, ni hagas cosa tuya aquello en lo que no has participado. Será suficiente con que yo muera.

ISMENE. — ¿Y qué vida me va a ser grata, si me veo privada de ti?

ANTÍGONA. — Pregunta a Creonte, ya que te eriges en defensora suya.

ISMENE. — ¿Por qué me mortificas así, cuando en nada te aprovecha? 550

ANTÍGONA. — Con dolor me río de ti, si es que lo hago.

ISMENE. — Pero, ¿en qué puedo aún serte útil ahora?

ANTÍGONA. — Sálvate tú. No veo con malos ojos que te libres.

ISMENE. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y no alcanzaré tu destino?

ANTÍGONA. — Tú has elegido vivir y yo morir. 555

ISMENE. — Pero no sin que yo te diera mis consejos.

ANTÍGONA. — A unos les pareces tú sensata, yo a otros^[28].

ISMENE. — Las dos, en verdad, tenemos igual falta.

ANTÍGONA. — Tranquilízate: tú vives, mientras que mi alma hace rato que ha muerto por prestar ayuda a los muertos. 560

CREONTE. — Afirmo que estas dos muchachas han perdido el juicio, la una acaba de manifestarlo, la otra desde que nació.

ISMENE. — Nunca, señor, perdura la sensatez en los que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira.

CREONTE. — En ti por lo menos, cuando has preferido obrar iniquidades junto a malvados. 565

ISMENE. — ¿Y qué vida es soportable para mí sola, separada de ella?

CREONTE. — No digas «ella»: no existe ya.

ISMENE. — ¿Y vas a dar muerte a la prometida de tu propio hijo?

CREONTE. — También los campos de otras se pueden arar^[29].

ISMENE. — No con la armonía que reinaba entre ellos dos. 570

CREONTE. — Odio a las mujeres perversas para mis hijos.

ANTÍGONA. — ¡Oh queridísimo Hemón! ¡Cómo te deshonra tu padre!

CREONTE. — Demasiadas molestias me producís tú y tu matrimonio.

CORIFEO. — ¿Vas a privar, en verdad, a tu hijo de ésta?

CREONTE. — Hades será quien haga cesar estas bodas por mí. 575

CORIFEO. — Está decidido, a lo que parece, que muera.

CREONTE. — Tanto en tu opinión como en la mía. No más dilaciones. Ea, esclavas, llevadlas dentro. Preciso es que estas mujeres estén encerradas y no sueltas. Pues incluso los más animosos intentan huir cuando ven a Hades cerca ya de su vida. 580

(Entran en palacio todos.)

CORO.

Estrofa 1.^a

*¡Felices aquellos cuya vida no ha probado las desgracias!
Porque, para quienes su casa ha sido estremecida por los dioses,
ningún infortunio deja de venir sobre toda la raza, del mismo modo 585
que las olas marinas, cuando se lanzan sobre el abismo submarino
impulsadas por los desfavorables vientos tracios, arrastran fango 590
desde el fondo del negro mar, y resuenan los acantilados azotados
por el viento con el ruido que producen al ser golpeados.*

Antístrofa 1.^a

*Veo que desde antiguo las desgracias de la casa de los 595
Labdácidas se precipitan sobre las desgracias de los que han
muerto^[30], y ninguna generación libera a la raza, sino que alguna
deidad las aniquila y no les deja tregua. Ahora se había difundido
una luz en el palacio de Edipo sobre las últimas ramificaciones. Pero 600
de nuevo el polvo sangriento de los dioses infernales lo siega, la
necedad de las palabras y la Venganza de una resolución^[31].*

Estrofa 2.^a

*¿Qué conducta de los hombres podría reprimir tu poder, Zeus? Ni 605
el sueño, el que amansa todas las cosas, lo domina nunca, ni los
meses incansables de los dioses, y tú, que no envejeces con el tiempo,
dominas poderoso el centelleante resplandor del Olimpo. Para lo que 610
sucede ahora y lo que suceda en el futuro, lo mismo que para lo que
sucedió anteriormente, esta ley prevalecerá: nada extraordinario
llega a la vida de los mortales separado de la desgracia.*

Antístrofa 2.^a

*La esperanza errante trae dicha a numerosos hombres, mientras 615
que a otros trae la añagaza de sus tornadizos deseos. Se desliza en
quien nada sabe hasta que se quema el pie con ardiente fuego. 620
Sabiamente fue dada a conocer por alguien la famosa sentencia: lo
malo llega a parecer bueno a aquel cuya mente conduce una
divinidad hacia el infortunio, y durante muy poco tiempo actúa fuera 625
de la desgracia.*

Pero he aquí a Hemón, el más joven vástago de tus hijos. ¿Acaso llega disgustado por el destino de su prometida Antígona, afligiéndose en exceso por la frustración de sus bodas? 630

(Hemón entra en escena.)

CREONTE. — Pronto lo sabremos mejor que lo saben los adivinos. *(Dirigiéndose a Hemón.)* ¡Oh hijo! ¿No te presentarás irritado contra tu padre, al oír el decreto irrevocable que se refiere a la que va a ser tu esposa? ¿O sigo siéndote querido de todas maneras, haga lo que haga?

HEMÓN. — Padre, tuyo soy y tú me guías rectamente con excelentes consejos que yo seguiré. Ningunas bodas son para mí más importantes de obtener que tu recta dirección. 635

CREONTE. — Así, hijo mío, debes razonar en tu interior: posponer todo a las resoluciones paternas. Por este motivo piden los hombres tener en sus hogares hijos sumisos tras haberlos engendrado, para que venguen al enemigo con males y honren al amigo igual que a su padre. En cambio, el que trae a la vida hijos que no sirven para nada, ¿qué otra cosa podrías decir de él sino que ha hecho nacer una fuente de sufrimientos para sí mismo y un motivo de burla para sus enemigos? Por tanto, hijo, tú nunca echas a perder tu sensatez por causa del placer motivado por una mujer, sabiendo que una mala esposa en la casa como compañera se convierte en eso, en un frío abrazo^[32]. ¿Qué mayor desgracia podría haber que un pariente malvado? Así que, despreciándola como a un enemigo, deja que esta muchacha despose a quien quiera en el Hades, puesto que sólo a ella de toda la ciudad he sorprendido abiertamente en actitud de desobediencia. Y no voy a presentarme a mí mismo ante la ciudad como un embustero, sino que le haré dar muerte. 640 645 650

¡Que invoque por ello a Zeus protector de la familia! Pues si voy a tolerar que los que por su nacimiento son mis parientes alteren el orden, ¡cuánto más lo haré con los que no son de mi familia! Quien con los asuntos de la casa es persona intachable también se mostrará justo en la ciudad. Y quien^[33], habiendo transgredido las leyes, las rechaza o piensa dar órdenes a los que tienen el poder, no es posible que alcance mi aprobación. 655 660 665

Al que la ciudad designa se le debe obedecer en lo pequeño, en lo justo y en lo contrario^[34]. Yo tendría confianza en que este hombre gobernara rectamente en tanto en cuanto quisiera ser justamente gobernado y permanecer en el fragor de la batalla en su puesto, como un leal y valiente soldado. No existe un mal mayor que la anarquía. Ella destruye las ciudades, deja los hogares desolados. Ella es la que rompe las líneas y provoca la fuga de la lanza aliada. La obediencia, en cambio, salva gran número de vidas entre los que triunfan.

Y, así, hay que ayudar a los que dan las órdenes y en modo alguno dejarse vencer por una mujer. Mejor sería, si fuera necesario, caer ante un hombre, y no seríamos considerados inferiores a una mujer.

CORIFEO. — A nosotros, si no estamos engañados a causa de nuestra edad, nos parece que hablas con sensatez en lo que estás diciendo.

HEMÓN. — Padre, los dioses han hecho engendrar la razón en los hombres como el mayor de todos los bienes que existen. Que no hablas tú estas palabras con razón ni sería yo capaz de decirlo ni sabría. Sin embargo, podría suceder que también en otro aspecto tuviera yo razón. A ti no te corresponde cuidar de todo cuanto alguien dice, hace o puede censurar^[35]. Tu rostro resulta terrible al hombre de la calle, y ello en conversaciones tales que no te complacerías en escucharlas. Pero a mí, en la sombra, me es posible oír cómo la ciudad se lamenta por esta joven, diciendo que, siendo la que menos lo merece de todas las mujeres, va a morir de indigna manera por unos actos que son los más dignos de alabanza: por no permitir que su propio hermano, caído en sangrienta refriega, fuera exterminado, insepulto, por carniceros perros o por algún ave rapaz. «¿Es que no es digna de obtener una estimable recompensa?» Tal oscuro rumor se difunde con sigilo.

Para mí, sin embargo, no existe ningún bien máspreciado que tu felicidad. Pues, ¿qué honor es para los hijos mayor que la buena fama de un padre cuando está en plenitud de bienestar, o qué es más importante para un padre que lo que viene de los hijos? No mantengas en ti mismo sólo un punto de vista: el de que lo que tú dices y nada más es lo que está bien. Pues los que creen que únicamente ellos son sensatos o que poseen una lengua o una inteligencia cual ningún otro, éstos, cuando quedan al descubierto, se muestran vacíos.

Pero nada tiene de vergonzoso que un hombre, aunque sea sabio, aprenda mucho y no se obstine en demasía. Puedes ver a lo largo del lecho de las torrenteras que, cuantos árboles ceden, conservan sus ramas, mientras que los que ofrecen resistencia son destrozados desde las raíces. De la misma manera el que tensa fuertemente las escotas de una nave sin aflojar nada, después de hacerla volcar, navega el resto del tiempo con la cubierta invertida.

Así que haz ceder tu cólera y consiente en cambiar. Y si tengo algo de razón —aunque sea más joven—, afirmo que es preferible con mucho que el hombre esté por naturaleza completamente lleno de sabiduría. Pero, si no lo está —pues no suele inclinarse la balanza a este lado—, es bueno también que aprenda de los que hablan con moderación.

CORIFEO. — Señor, es natural que tú aprendas lo que diga de conveniente, y tú, por tu parte, lo hagas de él. Razonablemente se ha hablado por ambas partes.

CREONTE. — ¿Es que entonces los que somos de mi edad vamos a aprender a ser razonables de jóvenes de la edad de éste?

HEMÓN. — Nada hay que no sea justo en ello. Y, si yo soy joven, no se debe atender tanto a la edad como a los hechos.

CREONTE. — ¿Te refieres al hecho de dar honra a los que han actuado en contra de la ley?

HEMÓN. — No sería yo quien te exhortara a tener consideraciones con los malvados^[36].

CREONTE. — ¿Y es que ella no está afectada por semejante mal?

HEMÓN. — Todo el pueblo de Tebas afirma que no.

CREONTE. — ¿Y la ciudad va a decirme lo que debo hacer?

HEMÓN. — ¿Te das cuenta de que has hablado como si fueras un joven?

CREONTE. — ¿Según el criterio de otro, o según el mío, debo yo regir esta tierra?

HEMÓN. — No existe ciudad que sea de un solo hombre.

CREONTE. — ¿No se considera que la ciudad es de quien gobierna?

HEMÓN. — Tú gobernarías bien, en solitario, un país desierto.

CREONTE. — Éste, a lo que parece, se ha aliado con la mujer.

HEMÓN. — Sí, si es que tú eres una mujer. Pues me estoy interesando por ti.

CREONTE. — ¡Oh malvado! ¿A tu padre vas con pleitos?

HEMÓN. — Es que veo que estás equivocando lo que es justo.

CREONTE. — ¿Yerro cuando hago respetar mi autoridad?

HEMÓN. — No la haces respetar, al menos despreciando honras debidas a los dioses. 745

CREONTE. — ¡Oh temperamento infame sometido a una mujer!

HEMÓN. — No podrías sorprenderme dominado por acciones vergonzosas.

CREONTE. — Todo lo que estás diciendo, en verdad, es en favor de aquélla.

HEMÓN. — Y de ti, y de mí, y de los dioses de abajo.

CREONTE. — A ésa no es posible que, aun viva, la desposes. 750

HEMÓN. — Va a morir, ciertamente, y en su muerte arrastrará a alguien.

CREONTE. — ¿Es que con amenazas me haces frente, osado?^[37].

HEMÓN. — ¿Qué amenaza es hablar contra razones sin fundamento?

CREONTE. — Llorando vas a seguir dándome lecciones de sensatez, cuando a ti mismo te falta.

HEMÓN. — Si no fueras mi padre, diría que no estás en tu sano juicio. 755

CREONTE. — No me canses con tu charla, tú, el esclavo de una mujer.

HEMÓN. — ¿Pretendes decir algo y, diciéndolo, no escuchar nada?

CREONTE. — ¿De veras? Pero, ¡por el Olimpo!, entérate bien, no me ofenderás impunemente con tus reproches. (*Dirigiéndose a los servidores.*) Traed a ese odioso ser para que, a su vista, cerca de su prometido, al punto muera. 760

HEMÓN. — No, por cierto, no lo esperes. Ella no morirá cerca de mí, y tú jamás verás mi rostro con tus ojos. ¡Muestra tu locura relacionándote con los amigos que lo consientan! 765

(*Sale precipitadamente.*)

CORIFEO. — Se ha marchado, rey, presuroso a causa de la cólera. Un corazón que a esa edad sufre es terrible.

CREONTE. — ¡Que actúe! ¡Que se vaya haciendo proyectos por encima de lo que es humano! Pero a estas dos muchachas no las liberará de su destino.

CORIFEO. — ¿Piensas, pues, dar muerte a las dos? 770

CREONTE. — No a la que no ha intervenido. En eso hablas con razón.

CORIFEO. — ¿Y con qué clase de muerte has decidido matarla?

CREONTE. — La llevaré allí donde la huella de los hombres esté ausente y la ocultaré viva en una pétrea caverna^[38], ofreciéndole el alimento justo, para que sirva de expiación sin que la ciudad entera quede contaminada^[39]. Así, si suplica a Hades —único de los dioses a quien venera—, alcanzará el no morir, o se dará cuenta, por lo menos en ese momento, que es trabajo inútil ser respetuoso con los asuntos del Hades. (*Entra en palacio.*) 775 780

CORO.

Estrofa.

Eros, invencible en batallas, Eros que te abalanzas sobre nuestros animales^[40], que estás apostado en las delicadas mejillas de las doncellas. Frecuentas los caminos del mar y habitas en las agrestes moradas, y nadie, ni entre los inmortales ni entre los perecederos hombres, es capaz de rehuirte, y el que te posee está fuera de sí. 785 790

Antístrofa.

Tú arrastras las mentes de los justos al camino de la injusticia para su ruina. Tú has levantado en los hombres esta disputa entre los de la misma sangre. Es clara la victoria del deseo que emana de los ojos de la joven desposada^[41], del deseo que tiene su puesto en los fundamentos de las grandes instituciones. Pues la divina Afrodita de todo se burla invencible. 795 800

(*Entra Antígona conducida por esclavos.*)

También yo ahora me veo impelido a alejarme ya de las leyes^[42] al ver esto, y ya no puedo retener los torrentes de lágrimas cuando

805

veo que aquí llega Antígona para dirigirse al lecho, que debía ser nupcial, donde todos duermen.

Estrofa 1.^a

ANTÍGONA. — Vedme, ¡oh ciudadanos de la tierra patria!,
recorrer el postrer camino y dirigir la última mirada a la claridad del sol. Nunca habrá otra vez. Pues Hades, el que a todos acoge, me
lleva viva a la orilla del Aqueronte^[43] sin participar del himeneo y
sin que ningún himno me haya sido cantado delante de la cámara
nupcial, sino que con Aqueronte celebraré mis nupcias.

CORIFEO. — Famosa, en verdad, y con alabanza te diriges hacia
el antro de los muertos, no por estar afectada de mortal enfermedad,
ni por haber obtenido el salario de las espadas, sino que tú, sola
entre los mortales, descienes al Hades viva y por tu propia voluntad.

Antístrofa 1.^a

ANTÍGONA. — Oí que de la manera más lamentable pereció la
extranjera frigia, hija de Tántalo^[44], junto a la cima del Sípilo: la
mató un crecimiento de las rocas a modo de tenaz hiedra. Y a ella, a
medida que se va consumiendo, ni las lluvias ni la nieve la
abandonan, según cuentan los hombres. Y se empapan las mejillas
bajo sus ojos que no dejan de llorar^[45]. El destino me adormece de
modo muy semejante a ella.

CORIFEO. — Pero era una diosa y del linaje de los dioses,
mientras que nosotros somos mortales y de linaje mortal. Sin
embargo, aun muriendo es glorioso oír decir que has alcanzado un
destino compartido con los dioses en vida y, después, en la muerte.

Estrofa 2.^a

ANTÍGONA. — ¡Ay de mí! Me tomas a risa. ¿Por qué, por los
dioses paternos, no me ultrajas cuando me haya marchado, sino que
lo haces en mi presencia? ¡Oh ciudad! ¡Oh varones opulentos de la
ciudad! ¡Ah fuentes Dirceas y bosque sagrado de Tebas, la de los
bellos carros! A vosotros os tomo por testigos de cómo, sin lamentos
de los míos y por qué clase de leyes, me dirijo hacia un encierro que
es un túmulo excavado de una imprevista tumba. ¡Ay de mí,
desdichada, que no pertenezco a los mortales ni soy una más entre
los difuntos, que ni estoy con los vivos ni con los muertos!

CORO. — *Llegando a las últimas consecuencias de tu arrojo, has
chocado con fuerza contra el elevado altar de la Justicia, oh hija.* 855
Estás vengando alguna prueba paterna.

Antístrofa 2.^a

ANTÍGONA. — *Has nombrado las preocupaciones que me son más
dolorosas, el lamento tres veces renovado por mi padre y por todo* 860
*nuestro destino de ilustres Labdácidas. ¡Ah, infortunios que vienen
del lecho materno y unión incestuosa de mi desventurada madre con* 865
*mi padre, de la cual, desgraciada de mí, un día nací yo! Junto a ellos
voy a habitar, maldita, sin casar. ¡Ah, hermano, qué desgraciadas* 870
bodas^[46] encontraste, ya que, muerto, me matas a mí, aún con vida!

CORO. — *Ser piadoso es una cierta forma de respeto, pero de
ninguna manera se puede transgredir la autoridad de quien regenta* 875
el poder. Y, en tu caso, una pasión impulsiva te ha perdido.

Epodo.

ANTÍGONA. — *Sin lamentos, sin amigos, sin cantos de himeneo
soy conducida, desventurada, por la senda dispuesta. Ya no me será*
permitido, desdichada, contemplar la visión del sagrado resplandor, 880
y ninguno de los míos deplora mi destino, un destino no llorado.

(Creonte sale del palacio.)

CREONTE. — *¿Es que no sabéis que, si fuera menester, nadie
cesaría de cantar o de gemir ante la muerte? Llevadla cuanto antes y,* 885
*tras encerrarla en el abovedado túmulo —como yo tengo ordenado—,
dejadla sola, bien para que muera, bien para que quede enterrada viva
en semejante morada. Nosotros estamos sin mancha en lo que a esta* 890
*muchacha se refiere. En verdad que será privada de residencia a la luz
del sol.*

ANTÍGONA. — *¡Oh tumba, oh cámara nupcial, oh habitáculo bajo
tierra que me guardará para siempre, adonde me dirijo al encuentro
con los míos, a un gran número de los cuales, muertos, ha recibido ya*
Perséfone!^[47] De ellos yo desciendo la última y de la peor manera 895
con mucho, sin que se haya cumplido mi destino en la vida.

*Sin embargo, al irme, alimento grandes esperanzas de llegar
querida para mi padre y querida también para ti, madre, y para ti,* 900
hermano, porque, cuando vosotros estabais muertos, yo con mis

manos os lavé y os dispuse todo y os ofrecí las libaciones sobre la tumba. Y ahora, Polinices, por ocultar tu cuerpo, consigo semejante trato. Pero yo te honré debidamente en opinión de los sensatos. Pues nunca, ni aunque hubiera sido madre de hijos, ni aunque mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera tomado sobre mí esta tarea en contra de la voluntad de los ciudadanos. 905

¿En virtud de qué principio hablo así? Si un esposo se muere, otro podría tener, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido uno, pero cuando el padre y la madre están ocultos en el Hades no podría jamás nacer un hermano. Y así, según este principio, te he distinguido yo entre todos con mis honras, que parecieron a Creonte una falta y un terrible atrevimiento, oh hermano. 910 915

Y ahora me lleva, tras cogerme en sus manos, sin lecho nupcial, sin canto de bodas, sin haber tomado parte en el matrimonio ni en la crianza de hijos, sino que, de este modo, abandonada por los amigos, infeliz, me dirijo viva hacia los sepulcros de los muertos. ¿Qué derecho de los dioses he transgredido? ¿Por qué tengo yo, desventurada, que dirigir mi mirada ya hacia los dioses? ¿A quién de los aliados me es posible apelar? Porque con mi piedad he adquirido fama de impía. Pues bien, si esto es lo que está bien entre los dioses, después de sufrir, reconoceré que estoy equivocada. Pero si son éstos los que están errados, ¡que no padezcan sufrimientos peores que los que ellos me infligen injustamente a mí! 920 925

CORIFEO. — *Aún dominan su alma las mismas ráfagas de idénticos vientos.* 930

CREONTE. — *Precisamente por eso habrá llanto para los que la conducen, a causa de su lentitud.*

CORIFEO. — *¡Ay! Estas palabras llegan muy cercanas a la muerte.*

CREONTE. — *No te puedo animar a que confíes en que esto no se va a cumplir para ella.* 935

ANTÍGONA. — *¡Oh ciudad paterna del país de Tebas! ¡Oh dioses creadores de nuestro linaje! Soy arrastrada y ya no puedo aplazarlo. Mirad vosotros, príncipes de Tebas, a la única que queda de las hijas de los reyes ^[48], cómo sufro y a manos de quiénes por guardar el debido respeto a la piedad.* 940

(Sale Antígona de la escena conducida por los guardas. Creonte entra en el palacio.)

CORO^[49].

Estrofa 1.^a

También Dánae^[50] soportó renunciar a la luz del cielo a cambio de bronceína prisión y, oculta en la sepulcral morada, se vio uncida al yugo. Y, sin embargo, era también noble por su nacimiento —¡oh hija, hija!— y conservaba el fruto de Zeus nacido de la lluvia. Pero lo dispuesto por el destino es una terrible fuerza. Ni la felicidad, ni Ares, ni las fortalezas, ni las negras naves azotadas por el mar podrían rehuirla.

Antístrofa 1.^a

Fue subyugado también el irascible hijo de Driante^[51], rey de los Edones, por los injuriosos arrebatos de cólera, por orden de Dioniso encerrado en una pétrea prisión. Y así se va extinguendo el furor desatado y terrible de su locura. Y se dio cuenta de que atacaba al dios en su locura con mordaces palabras. Pues pretendía detener a las mujeres poseídas por el dios y el fuego del evohé^[52], y provocaba a las Musas amigas de las flautas.

Estrofa 2.^a

Junto a las rocas Cianeas, en el doble mar^[53], están las costas del Bósforo y el litoral tracio, y Salmideso, donde Ares, cercano a la ciudad, vio inferir una abominable herida que dejó ciegos a los dos hijos de Fineo a manos de su violenta esposa, herida que quitó la vista de los ojos, golpeados en las cuencas —que ahora claman venganza— por ensangrentadas manos y con agujas de lanzadera^[54].

Antístrofa 2.^a

Se consumían, infortunados, en infortunada prueba, y se lamentaban por tener su origen en un desgraciado casamiento de su madre. Ella por su linaje se remontaba a los primitivos Erectidas^[55], y fue criada en lejanas grutas, en medio de vendavales paternos, la hija de Bóreas, rápida como un corcel al correr por encima de escarpadas rocas; pero también a ella la atacaron las Moiras inmortales, oh hija.

(Entra Tiresias, el adivino ciego, guiado por un niño.)

TIRESIAS. — Príncipes de Tebas, por un camino común hemos venido dos que ven por uno solo^[56]. Pues para los ciegos el camino es posible gracias al guía. 990

(Sale Creonte.)

CREONTE. — ¿Qué nuevas hay, oh anciano Tiresias?

TIRESIAS. — Yo te las revelaré y tú obedece al adivino.

CREONTE. — Hasta ahora, en verdad, no me he apartado de tu buen juicio.

TIRESIAS. — Y así has dirigido el timón de esta ciudad por la recta senda.

CREONTE. — Puedo atestiguar que he experimentado provecho. 995

TIRESIAS. — Sé consciente de que estás yendo en esta ocasión sobre el filo del destino.

CREONTE. — ¿Qué ocurre? ¡Cómo tiemblo ante tus palabras!

TIRESIAS. — Lo sabrás si escuchas los indicios de mi arte. Cuando estaba sentado en el antiguo asiento destinado a los augures, donde se me ofrece el lugar de reunión de toda clase de pájaros, escuché un sonido indescifrable de aves que piaban con una excitación ininteligible y de mal agüero. Me di cuenta de que unas a otras se estaban despedazando sangrientamente con sus garras, pues el alboroto de sus alas era claro. 1000

Temeroso, me dispuse al punto a probar con los sacrificios de fuego sobre altares totalmente ardientes^[57]. Pero de las ofrendas no salía el resplandor de Hefesto, sino que la grasa de los muslos, después de gotear sobre la ceniza, se consumía, se llenaba de humo y salpicaba. Las bolsas de hiel se esparcían por los aires, y los muslos se desprendían y quedaban libres de la grasa que les cubría. De este muchacho aprendí tales cosas: que no se obtenían presagios de ritos confusos, pues él es para mí guía como yo soy para los demás. 1005

La ciudad sufre estas cosas a causa de tu decisión. En efecto, nuestros altares públicos y privados, todos ellos, están infectados por el pasto obtenido por aves y perros del desgraciado hijo de Edipo que yace muerto. Y, por ello, los dioses no aceptan ya de nosotros súplicas en los sacrificios, ni fuego consumiendo muslos de víctimas; 1010

y los pájaros no hacen resonar ya sus cantos favorables por haber devorado grasa de sangre de un cadáver.

Recapacita, pues, hijo, ya que el equivocarse es común para todos los hombres, pero, después que ha sucedido, no es hombre irreflexivo ni desdichado aquel que, caído en el mal, pone remedio y no se muestra inflexible. La obstinación, ciertamente, incurre en insensatez. Así que haz una concesión al muerto y no fustigues a quien nada es ya. ¿Qué prueba de fuerza es matar de nuevo al que está muerto? Por tenerte consideración te doy buenos consejos. Muy grato es aprender de quien habla con razón, si ha de reportar provecho. 1025 1030

CREONTE. — ¡Oh anciano! Todos, cual arqueros, disparáis vuestras flechas contra mí como contra un blanco, y no estoy libre de intrigas para vosotros ni por parte de la mántica. Desde hace tiempo soy vendido y tratado como una mercancía por la casta de éstos^[58]. Lucraos, comprad el ámbar de Sardes, si queréis, y el oro de India, que no pondréis en la sepultura a aquél, ni aunque, apoderándose de él, quisieran llevárselo como pasto las águilas de Zeus junto al trono del dios. Ni en ese caso, por temor a esta impureza, yo permitiré que enterréis a aquél. Sé muy bien que ningún mortal tiene fuerza para contaminar a los dioses. Pero, ¡oh anciano Tiresias!, los hombres más hábiles caen en vergonzosas caídas, cuando por una ganancia intentan embellecer, con sus palabras, vergonzosas razones. 1035 1040 1045

TIRESIAS. — ¡Ay! ¿Acaso sabe alguien, ha considerado...?

CREONTE. — ¿Qué cosa? ¿A qué te refieres tan común para todos?

TIRESIAS. — ...que la mejor de las posesiones es la prudencia? 1050

CREONTE. — Tanto como, en mi opinión, el no razonar es el mayor perjuicio.

TIRESIAS. — Tú, no obstante, estás lleno de este mal.

CREONTE. — No quiero contestar con malas palabras al adivino.

TIRESIAS. — Pues lo estás haciendo, si dices que yo vaticino en falso.

CREONTE. — Toda la raza de los adivinos está apegada al dinero. 1055

TIRESIAS. — Y la de los tiranos lo está a la codicia.

CREONTE. — ¿Es que no sabes que te estás refiriendo a los que son tus jefes?

TIRESIAS. — Lo sé. Por mí has salvado a esta ciudad.

CREONTE. — Tú eres un sabio adivino, pero amas la injusticia.

TIRESIAS. — Me impulsarás a decir lo que no debe salir de mi pecho. 1060

CREONTE. — Sácalo, sólo en el caso de que no hables por dinero.

TIRESIAS. — ¿Ésa es la impresión que te doy, cuando sólo procuro por ti?

CREONTE. — Entérate de que no compraréis mi voluntad.

TIRESIAS. — Y tú, por tu parte, entérate también de que no se llevarán ya a término muchos rápidos giros solares antes de que tú mismo seas quien haya ofrecido, en compensación por los muertos^[59], a uno nacido de tus entrañas a cambio de haber lanzado a los infiernos a uno de los vivos, habiendo albergado indecorosamente a un alma viva en la tumba, y de retener aquí, privado de los honores, insepulto y sacrílego, a un muerto que pertenece a los dioses infernales. Estos actos ni a ti te conciernen ni a los dioses de arriba, a los que estás forzando con ello. 1065 1070

Por ello, las destructoras y vengadoras Erinias del Hades y de los dioses te acecharán para prenderte en estos mismos infortunios. Considera si hablo sobornado. Pues se harán manifiestos, sin que pase mucho tiempo, lamentos de hombres y mujeres en tu casa. Están unidas contra ti en una alianza de enemistad todas las ciudades cuyos cadáveres despedazados encontraron enterramiento en perros o fieras, o en cualquier alado pajarraco que transporte el hedor impuro por los altares de la ciudad. 1075 1080

Tales son las certeras flechas que —pues me ofendes— he disparado contra ti como un arquero airado, y tú no podrás escapar a su ardor (*Al esclavo.*) Muchacho, condúceme hacia casa, para que éste descargue su cólera contra los más jóvenes y advierta que hay que mantener la lengua más callada y, en su pecho, un pensamiento mejor que los que ahora arrastra. 1085 1090

CORIFEO. — El adivino se va, rey, tras predecimos terribles cosas. Y sabemos, desde que yo tengo cubiertos éstos mis cabellos, antes negros, de blanco, que él nunca anunció una falsedad a la ciudad.

CREONTE. — También yo lo sé y estoy turbado en mi ánimo. Es terrible ceder, pero herir mi alma con una desgracia por oponerme es terrible también. 1095

CORIFEO. — Necesario es ser prudente, hijo de Meneceo.

CREONTE. — ¿Qué debo hacer? Dime. Yo te obedeceré.

CORIFEO. — Ve y saca a la muchacha de la morada subterránea. Y 1100

eleva un túmulo para el que yace muerto.

CREONTE. — ¿Me aconsejas así y crees que debo concederlo?

CORIFEO. — Y cuanto antes, señor. Pues los daños que mandan los dioses alcanzan pronto a los insensatos.

CREONTE. — ¡Ay de mí! ¡Con trabajo desisto de mi orden, pero no se debe luchar en vano contra el destino! 1105

CORIFEO. — Ve ahora a hacerlo y no lo encomiendes a otros.

CREONTE. — Así, tal como estoy, me marcharé. Ea, ea, servidores, los que estáis y los ausentes, coged en las manos hachas y lanzaos hacia aquel lugar que está a la vista^[60]. Mientras que yo, ya que he cambiado mi decisión a ese respecto, igual que la encarcelé, del mismo modo estaré presente para liberarla. Temo que lo mejor sea cumplir las leyes establecidas por los dioses mientras dure la vida. 1110

CORO.

Estrofa 1.^a

¡Oh dios, el de las numerosas advocaciones, gloria de la joven desposada cadmea^[61] e hijo de Zeus el que emite sordos truenos, tú que proteges la ilustre Italia^[62] y reinas en los valles frecuentados de la eleusina Deo^[63], ¡oh Baco!, que habitas Tebas, ciudad madre^[64] de las Bacantes situada al borde de las fluidas aguas del Ismeno y sobre la semilla del fiero dragón^[65]. 1115
1120
1125

Antístrofa 2.^a

La llama humeante que brilla cual relámpago te ha visto sobre la doble cima de la roca^[66], donde se dirigen las ninfas Coricias, tus Bacantes. Te han visto también las aguas de Castalia^[67]. A ti, los ribazos cubiertos de hiedra de los montes Niseos^[68] y la verde costa de abundantes viñedos te envían, mientras resuenan divinos cantos con el grito del evohé, a inspeccionar las calles tebanas. 1130
1135

Estrofa 2.^a

Tebas, a la que honras por encima de todas las ciudades, junto con tu madre, la destruida por el rayo. Y ahora, cuando la ciudad entera está sumida en violento mal, ven con paso expiatorio por encima de la pendiente del Parnaso o del resonante estrecho^[69]. 1140
1145

Antístrofa 2.^a

¡Ah, tú que organizas los coros de los astros que exhalan fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo retoño de Zeus, hazte visible, oh señor, a la vez que tus servidoras las Tiíades^[70], que, transportadas, te festejan con danzas toda la noche, a ti, Yaco^[71], el administrador de bienes! 1150

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. — Vecinos del palacio de Cadmo y de Anfión^[72], no existe vida humana que, por estable, yo pudiera aprobar ni censurar. Pues la fortuna, sin cesar, tanto levanta al que es infortunado como precipita al afortunado, y ningún adivino existe de las cosas que están dispuestas para los mortales. Creonte, en efecto, fue envidiable en un momento, según mi criterio, porque había liberado de sus enemigos a esta tierra cadmea y había adquirido la absoluta soberanía del país. Lo gobernaba mostrándose feliz con la noble descendencia de sus hijos. 1155 1160

Ahora todo ha desaparecido. Pues, cuando los hombres renuncian a sus satisfacciones, no tengo esto por vida: antes bien lo considero un cadáver que alienta. Hazte muy rico en tu casa, si quieres, y vive con el boato de un rey, que, si de ello está ausente el gozo, no le compraría yo a este hombre todo lo demás por la sombra del humo, en lugar de la alegría. 1165 1170

CORIFEO. — ¿Con qué nueva desgracia de los reyes nos llegas?

MENSAJERO. — Han muerto, y los que están vivos son culpables de la muerte.

CORIFEO. — Y, ¿quién es el que ha matado? ¿Quién el que está muerto? Habla.

MENSAJERO. — Hemón ha muerto. Su propia sangre le ha matado. 1175

CORIFEO. — ¿Acaso a manos de su padre o de las suyas propias?

MENSAJERO. — Él en persona, por sí mismo, como reproche a su padre por el asesinato.

CORIFEO. — ¡Oh adivino! ¡Cuán exactamente has acertado en tu profecía!

MENSAJERO. — Ya que están así las cosas, queda tomar una decisión sobre lo demás.

CORIFEO. — Veo a Eurídice, la infortunada esposa de Creonte. Sale de palacio, porque ha oído hablar de su hijo o bien por azar. 1180

EURÍDICE. — ¡Oh ciudadanos todos! He oído vuestras palabras 1185
cuando me dirigía hacia la puerta para llegarme a invocar a la diosa
Palas con plegarias. En el momento en que estaba soltando los
cerrojos de la puerta, al tiempo que la abría hacia mí, me llega a los
oídos el rumor de una desgracia que me afecta. Presa de temor, me
caigo de espaldas en brazos de las criadas y me desvanezco. Pero, sea 1190
cual sea la noticia, decidla de nuevo. Pues la escucharé como quien
está avezado a las desgracias.

MENSAJERO. — Yo, querida dueña, por estar presente hablaré y no
omitiré nada que sea verdad. Pues, ¿por qué iba yo a mitigarte cosas
por las que más adelante quedaríamos como mentirosos? La verdad 1195
prevalece siempre. Yo acompañé en calidad de guía a tu esposo hasta
lo alto de la llanura, donde yacía aún destrozado por los perros, sin
obtener compasión, el cuerpo de Polinices.

Después de suplicar a la diosa protectora del camino^[73] y a Plutón 1200
que contuvieran su cólera y resultaran benévolos, y tras lavarle con
agua purificada, entre todos quemamos con ramas recién cortadas lo
que había quedado de él y levantamos un elevado túmulo de tierra
materna. A continuación nos introducimos en la pétrea gruta, cámara 1205
nupcial de Hades para la muchacha. Alguien oye desde lejos un
sonido de agudos plañidos en torno al tálamo privado de ritos
funerarios, y, acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Éste, al
aproximarse más aún, escucha también confusos gemidos de un 1210
funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desgarradoras palabras:
«¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy acaso un adivino? ¿Estoy recorriendo
tal vez el más desdichado camino de los que he recorrido? La voz de
mi hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápidamente y, una 1215
vez que os coloquéis junto a la tumba, mirad, introduciéndoos en el
mismo orificio por la abertura producida al apartar la piedra del
túmulo, si estoy escuchando la voz de Hemón o si estoy engañado por
los dioses».

Miramos, según nos lo ordenaba nuestro abatido dueño, y vimos a 1220
la joven en el extremo de la tumba colgada por el cuello, suspendida
con un lazo hecho del hilo de su velo, y a él, adherido a ella,
rodeándola por la cintura en un abrazo, lamentándose por la pérdida 1225
de su prometida muerta por las decisiones de su padre, y sus amargas
bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso gemido, avanza al interior a su lado y le llama prorrumpiendo en sollozos: «Oh desdichado, ¿qué has hecho? ¿Qué resolución has tomado? ¿En qué clase de desastre has sucumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud suplicante». Pero el hijo, mirándole con fieros ojos, le escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada de doble filo. No alcanzó a su padre, que había dado un salto hacia delante para esquivarlo. Seguidamente, el infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado la mitad de su espada. Aún con conocimiento, estrecha a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con esfuerzo, derrama un brusco reguero de gotas de sangre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades y después de mostrar que entre los hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los males humanos.

(Eurídice entra en palacio sin pronunciar palabra.)

CORIFEO. — ¿Qué podrías conjeturar ante esto? La reina se ha ido de nuevo sin decir una palabra buena o mala^[74].

MENSAJERO. — Yo también estoy atónito. Pero alimento esperanzas de que, enterada de las penas del hijo, no considere apropiados los lamentos ante la ciudad, sino que, bajo el techo, dentro de la casa, impondrá a sus criadas un duelo íntimo para llorarle. Pues no está privada de juicio como para cometer una falta.

CORIFEO. — No lo sé. A mí me parece que son funestos, tanto el demasiado silencio como el exceso de vano griterío.

MENSAJERO. — Vamos a saberlo entrando en palacio, no sea que esté ocultando algo reprimido en secreto en su corazón irritado. Tienes razón, también existe motivo de pesadumbre en el mucho silencio.

(Entra en palacio y se cierra la puerta.)

CORIFEO. — *Aquí llega Creonte en persona, llevando en sus brazos la señal clara, si es lícito decirlo, de la desgracia, no por mano ajena, sino por su propia falta.*

Estrofa 1.^a

CREONTE. — ¡Ah, porfiados yerros causantes de muerte, de razones que son sinrazones! ¡Ah, vosotros que veis a quienes han matado y a los muertos del mismo linaje! ¡Ay de mis malhadadas resoluciones! ¡Ah hijo, joven, muerto en la juventud! ¡Ay, ay, has muerto, te has marchado por mis extravíos, no por los tuyos!

CORIFEO. — ¡Ay, demasiado tarde parece haber conocido el castigo!

CREONTE. — ¡Ay de mí! Ya lo he aprendido, ¡infortunado! Un dios entonces, sí, entonces, me golpeó en la cabeza con gran fuerza y me metió por caminos de crueldad, ¡ay!, destruyendo mi pisoteada alegría. ¡Ay, ay, ah, penosas penas de los mortales!

(Sale un mensajero de palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh amo, cuántas desgracias posees y estás adquiriendo, unas llevándolas ahí en tus manos, las otras parece que, tras llegar, pronto las verás en palacio!

CREONTE. — ¿Qué? ¿Existe, pues, aún algo peor que mis desgracias?

MENSAJERO. — Tu mujer ha muerto, la abnegada madre^[75] de este cadáver, ¡infeliz!, por golpes recién infligidos.

Antístrofa 1.^a

CREONTE. — ¡Ah, puerto del Hades nunca purificado! ¿Por qué a mí precisamente, por qué me aniquilas? ¡Oh tú que me causas dolores con estas malas noticias! ¿Qué palabras dices? ¡Ah, ah! Nueva muerte has dado a un hombre que ya estaba muerto. ¿Qué dices, oh hijo? ¿Qué novedad me cuentas? ¡Ay, ay! ¿La muerte a cuchillo de mi mujer me acecha para mi ruina?

(Se abre la puerta de palacio y se muestra el cuerpo de Eurídice.)

CORIFEO. — Te es posible verlo, pues no está ya oculto.

CREONTE. — ¡Ay, ésa es la segunda desgracia que contemplo, desdichado! ¿Cuál es, cuál es el destino que a partir de ahora me aguarda? Acabo de sostener en mis manos, desventurado, a mi hijo, y ya contemplo ante mí otro cadáver. ¡Ay, infortunada madre! ¡Ay, hijo!

MENSAJERO. — Ella, herida por afilado instrumento al pie del

altar, relaja sus párpados en la oscuridad, no sin lamentar antes el vacío lecho de Megareo^[76], que murió primero, y, después, el de éste, y, por último, deseándote desgracias a ti, asesino de sus hijos. 1305

Estrofa 2.^a

CREONTE. — *¡Ay, ay, estoy fuera de mí por el terror! ¿Por qué no me hiere alguien de frente con espada de doble filo? ¡Infortunado de mí, ah! Estoy sumido en una desgraciada aflicción.* 1310

MENSAJERO. — Como si tuvieras la culpa de esta muerte y de la de aquél eras acusado por la que está muerta.

CREONTE. — Y, ¿de qué manera se dio sangriento fin?

MENSAJERO. — Hiriéndose bajo el hígado a sí misma por propia mano, cuando se enteró del padecimiento digno de agudos lamentos de su hijo. 1315

Estrofa 3.^a

CREONTE. — *¡Ay de mí! Esto, que de mi falta procede, nunca recaerá sobre otro mortal. ¡Yo solo, desgraciado, yo te he matado, yo, cierto es lo que digo! Ea, esclavos, sacadme cuanto antes, llevadme lejos, a mí que no soy nadie.* 1320 1325

CORIFEO. — Provechosos son tus consejos, si es que algún provecho hay en las desgracias. Los males que se tienen delante son mejores cuanto más breves.

Antístrofa 2.^a

CREONTE. — *¡Que llegue, que llegue, que se haga visible la que sea la más grata para mí de las muertes, trayendo el día final, el postrero! ¡Que llegue, que llegue, y yo no vea ya otra luz del día!* 1330

CORIFEO. — Eso pertenece al futuro. Es preciso ocuparnos de lo que nos queda por hacer. De eso se ocuparán aquellos de quienes sea menester. 1335

CREONTE. — Pero lo que yo deseo lo he suplicado con esas palabras.

CORIFEO. — No supliques ahora nada. Cuando la desgracia está marcada por el destino, no existe liberación posible para los mortales.

Antístrofa 3.^a

CREONTE. — *Quitad de en medio a este hombre equivocado que,* 1340
¡oh hijo!, a ti, sin que fuera ésa mi voluntad, dio muerte, y a ti, a la
que está aquí. ¡Ah, desdichado! No sé a cuál de los dos puedo mirar,
a qué lado inclinarme. Se ha perdido todo lo que en mis manos tenía, 1345
y, de otro lado, sobre mi cabeza se ha echado un sino difícil de
soportar.

CORIFEO. — *La cordura es con mucho el primer paso de la* 1350
felicidad. No hay que cometer impiedades en las relaciones con los
dioses. Las palabras arrogantes de los que se jactan en exceso, tras
devolverles en pago grandes golpes, les enseñan en la vejez la
cordura.

EDIPO REY

PERSONAJES

EDIPO.

SACERDOTE.

CREONTE.

CORO de ancianos tebanos.

TIRESIAS.

YOCASTA.

MENSAJERO.

SERVIDOR DE LAYO.

Otro MENSAJERO.

(Delante del palacio de Edipo, en Tebas. Un grupo de ancianos y de jóvenes están sentados en las gradas del altar, en actitud suplicante, portando ramas de olivo. El sacerdote de Zeus se adelanta solo hacia el palacio. Edipo sale seguido de dos ayudantes y contempla al grupo en silencio. Después les dirige la palabra.)

EDIPO. — ¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo^[1]! ¿Por qué estáis en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes^[2]? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos de súplica y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así ante mí? ¿El temor, o el ruego? Piensa que yo querría ayudaros en todo. Sería insensible, si no me compadeciera ante semejante actitud.

SACERDOTE. — ¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros, torpes por la vejez, somos sacerdotes —yo lo soy de Zeus—, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas^[3] en actitud de súplica, junto a los dos templos de Palas^[4] y junto a la ceniza profética de Ismeno^[5].

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflige la ciudad. ¡Odiosa epidemia^[6], bajo cuyos efectos está despoblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos! Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como suplicantes por considerarte igual a los

dioses, pero sí el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora^[7] y, además, sin haber visto nada, más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra vida. 35

Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal. Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos llevados a cabo por los consejos de los que tienen experiencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su salvador por el favor de antaño. Que de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivimos, primero, en la prosperidad, pero caímos después; antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Senos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privadas de hombres que las pueblen. 40 45 50 55

EDIPO. — ¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablarme porque anheláis algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En efecto, vuestro dolor llega sólo a cada uno en sí mismo y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. De modo que no me despertáis de un sueño en el que estuviera sumido, sino que estad seguros de que muchas lágrimas he derramado yo y muchos caminos he recorrido en el curso de mis pensamientos. El único remedio que he encontrado, después de reflexionar a fondo, es el que he tomado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada Pítica de Febo^[8], a fin de que se enterara de lo que tengo que hacer o decir para proteger esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en comparación con el tiempo pasado, me inquieta qué estará haciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando llegue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste. 60 65 70 75

SACERDOTE. — Con oportunidad has hablado. Precisamente éstos me están indicando por señas que Creonte se acerca.

EDIPO. — ¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro radiante! 80

SACERDOTE. — Por lo que se puede adivinar, viene complacido. En otro caso no vendría así, con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel^[9].

EDIPO. — Pronto lo sabremos, pues ya está lo suficientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas? 85

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE. — Con una buena. Afirmo que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

EDIPO. — ¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado. 90

CREONTE. — Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO. — Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE. — Diré las palabras que escuché de parte del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancilla que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable. 95

EDIPO. — ¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE. — Con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad. 100

EDIPO. — ¿De qué hombre denuncia^[9bis] tal desdicha?

CREONTE. — Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO. — Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi. 105

CREONTE. — Él murió y ahora nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia.

EDIPO. — ¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREONTE. — Afirmó que en esta tierra. Lo que es buscado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto. 110

EDIPO. — ¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE. — Tras haber marchado, según dijo, a consultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa. 115

EDIPO. — ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien, informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE. — Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

EDIPO. — ¿Cuál? Porque una sola podría proporcionarnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza. 120

CREONTE. — Decía que unos ladrones con los que se tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola mano, sino de muchas.

EDIPO. — ¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con dinero? 125

CREONTE. — Eso era lo que se creía. Pero, después que murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio de las desgracias.

EDIPO. — ¿Qué tipo de desgracia se presentó que impedía, caída así la soberanía, averiguarlo?

CREONTE. — La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista. 130

EDIPO. — Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera digna, pusisteis tal solicitud en favor del muerto; de manera que veréis también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo. 135 140

Vosotros, hijos, levantaos de las gradas lo más pronto que podáis y recoged estos ramos de suplicantes. Que otro congregue aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad apareceré triunfante o fracasado. 145

(Entran Edipo y Creonte en el palacio.)

SACERDOTE. — Hijos, levantémonos. Pues con vistas a lo que él nos promete hemos venido aquí. ¡Ojalá que Febo, el que ha enviado estos oráculos, llegue como salvador y ponga fin a la epidemia! 150
(Salen de la escena y, seguidamente, entra en ella el Coro de ancianos tebanos.)

CORO.

Estrofa 1.^a

¡Oh dulce oráculo de Zeus^[10]! ¿Con qué espíritu has llegado desde Pito, la rica en oro^[11], a la ilustre Tebas? Mi ánimo está tenso por el miedo, temblando de espanto, ¡oh dios, a quien se le dirigen agudos gritos, Delios, sanador^[12]! Por ti estoy lleno de temor. ¿Qué obligación de nuevo me vas a imponer, bien inmediatamente o después del transcurrir de los años^[13]? Dímelo, ¡oh hija de la áurea Esperanza, palabra inmortal! 155

Antístrofa 1.^a

Te invoco la primera, hija de Zeus, inmortal Atenea, y a tu hermana, Ártemis, protectora del país, que se asienta en glorioso trono en el centro del ágora^[14], y a Apolo el que flecha a distancia. ¡Ay! Hacedos visibles para mí, los tres, como preservadores de la muerte. 160

Si ya anteriormente, en socorro de una desgracia sufrida por la ciudad, conseguisteis arrojar del lugar el ardor de la plaga, presentaos también ahora. 165

Estrofa 2.^a

¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pueblo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. Ni crecen los frutos de la noble tierra ni las mujeres tienen que soportar quejumbrosos esfuerzos en sus partos. Y uno tras otro, 170
cual rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras^[15]. 175

Antístrofa 2.^a

La población perece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres 180

*gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de
suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se
oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos
males, ¡oh áurea hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro.* 185

Estrofa 3.^a

*Concede que el terrible Ares, que ahora sin la protección de los
escudos^[16] me abrasa saliéndome al encuentro a grandes gritos, se
dé la vuelta en su carrera, lejos de los confines de la patria, bien
hacia el inmenso lecho de Anfitrita^[17], bien hacia la inhóspita
agitación de los puertos tracios. Pues si la noche deja algo pendiente,
a terminarlo después llega el día. A ése, ¡oh tú, que repartes las
fuerzas de los abrasadores relámpagos, oh Zeus padre!, destrúyelo
bajo tu rayo.* 190 195 200

Antístrofa 3.^a

*Soberano Liceo^[18], quisiera que tus flechas invencibles que
parten de cuerdas trenzadas en oro se distribuyeran, colocadas
delante, como protectoras y, también, las antorchas llameantes de
Ártemis con las que corre por los montes de Licia. Invoco al de la
mitra de oro, el que da nombre a esta región^[19], a Baco, el de rojizo
color, al del evohé, compañero de las ménades, ¡que se acerque
resplandeciente con refulgente antorcha contra el dios odioso entre
los dioses!* 205 210 215

(Sale Edipo y se dirige al Coro.)

EDIPO. — Suplicas. Y de lo que suplicas podrías obtener remedio
y alivio en tus desgracias, si quisieras acoger mis palabras cuando las
oigas y prestar servicio en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue,
como quien no tiene nada que ver con este relato ni con este hecho.
Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la pista sin
tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido a ser un ciudadano
entre ciudadanos, os diré a todos vosotros, cadmeos, lo siguiente:
aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de
Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje
la acusación que pesa contra sí mismo, ya que ninguna otra pena
sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien, a su vez, conoce que
el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la 220 225 230

recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis
y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta
orden, lo que haré con ellos debéis escucharme. Prohíbo que en este
país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la
palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe
con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las
abluciones. Mando que todos le expulsen, sabiendo que es una
impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pítico
del dios. Ésta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad
y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha
hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado,
consume su miserable vida de mala manera. E impreco para que, si
llega a estar en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello,
padezca yo lo que acabo de desear para éstos^[20].

Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas cosas por mí
mismo, por el dios y por este país tan consumido en medio de
esterilidad y desamparo de los dioses. Pues, aunque la acción que
llevamos a cabo no hubiese sido promovida por un dios, no sería
natural que vosotros la dejarais sin expiación, sino que debíais hacer
averiguaciones por haber perecido un hombre excelente y, a la vez,
rey.

Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el poder que antes
tuvo aquél, en posesión del lecho y de la mujer fecundada,
igualmente, por los dos, y hubiéramos tenido en común el nacimiento
de hijos comunes, si su descendencia no se hubiera malogrado —pero
la adversidad se lanzo contra su cabeza—^[20bis], por todo esto yo,
como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos los medios
tratando de capturar al autor del asesinato para provecho del hijo de
Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del
antiguo Agenor^[21]. Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses
no les hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de las
mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia en que se
encuentran y aún peor que ésta. Y a vosotros, los demás Cadmeos, a
quienes esto os parezca bien, que la Justicia como aliada y todos los
demás dioses os asistan con buenos consejos.

CORIFEO. — Tal como me has cogido inmerso en tu maldición, te
hablaré, oh rey. Yo ni le maté ni puedo señalar a quien lo hizo. En

esta búsqueda, era propio del que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO. — Con razón hablas. Pero ningún hombre podría obligar a los dioses a algo que no quieran. 280

CORIFEO. — En segundo lugar, después de eso, te podría decir lo que yo creo.

EDIPO. — También, si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORO. — Sé que, más que ningún otro, el noble Tiresias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se podría tener un conocimiento muy exacto, si se le inquiriera, señor. 285

EDIPO. — No lo he echado en descuido sin llevarlo a la práctica; pues, ál decírmelo Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace rato.

CORIFEO. — Entonces los demás rumores son ineficaces y pasados. 290

EDIPO. — ¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de rumor.

CORIFEO. — Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO. — También yo lo oí. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO. — Si tiene un poco de miedo, no aguardará después de oír tus maldiciones. 295

EDIPO. — El que no tiene temor ante los hechos tampoco tiene miedo a la palabra.

(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño le acompaña.)

CORIFEO. — Pero ahí está el que lo dejará al descubierto. Éstos traen ya aquí al sagrado adivino, al único de los mortales en quien la verdad es innata.

EDIPO. — ¡Oh Tiresias, que todo lo manejas, lo que debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te reconocemos como único defensor y salvador de ella, señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los mensajeros, contestó a nuestros embajadores que la única liberación de esta plaga nos llegaría si, después de averiguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de 300 305 310

adivinación^[22], sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame a mí, y líbranos de toda impureza originada por el muerto. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con los medios de que dispone y es capaz, es la más bella de las tareas. 315

TIRESIAS. — ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí.

EDIPO. — ¿Qué pasa? ¿Qué abatido te has presentado!

TIRESIAS. — Déjame ir a casa. Más fácilmente soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío si me haces caso. 320

EDIPO. — No hablas con justicia ni con benevolencia para la ciudad que te alimentó, si le privas de tu augurio.

TIRESIAS. — Porque veo que tus palabras no son oportunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mismo...! 325

(Hace ademán de retirarse.)

EDIPO. — No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sabes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos aquí como suplicantes.

TIRESIAS. — Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO. — ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad? 330

TIRESIAS. — Yo no quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

EDIPO. — ¡Oh el más malvado de los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible? 335

TIRESIAS. — Me has reprochado mi obstinación, y no ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

EDIPO. — ¿Quién no se irritaría al oír razones de esta clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciudad? 340

TIRESIAS. — Llegarán por sí mismas, aunque yo las proteja con el silencio.

EDIPO. — Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.

TIRESIAS. — No puedo hablar más. Ante esto, si quieres irrátate de la manera más violenta.

EDIPO. — Nada de lo que estoy advirtiendo dejaré de decir, según 345
estoy de encolerizado. Has de saber que me parece que tú has
ayudado a maquinar el crimen y lo has llevado a cabo en lo que no ha
sido darle muerte con tus manos. Y si tuvieras vista, diría que,
incluso, este acto hubiera sido obra de ti solo.

TIRESIAS. — ¿De verdad? Y yo te insto a que permanezcas leal al 350
edicto que has proclamado antes y a que no nos dirijas la palabra ni a
éstos ni a mí desde el día de hoy, en la idea de que tú eres el azote 355
impuro de esta tierra.

EDIPO. — ¿Con tanta desvergüenza haces esta aseveración? ¿De
qué manera crees poderte escapar a ella?

TIRESIAS. — Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad como fuerza.

EDIPO. — ¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde luego, de tu
arte no procede.

TIRESIAS. — Por ti, porque me impulsaste a hablar en contra de mi
voluntad.

EDIPO. — ¿Qué palabras? Dilo, de nuevo, para que lo aprenda 360
mejor.

TIRESIAS. — ¿No has escuchado antes? ¿O es que tratas de que
hable?

EDIPO. — No como para decir que me es comprensible. Dilo de
nuevo.

TIRESIAS. — Afirмо que tú eres el asesino del hombre acerca del
cual están investigando.

EDIPO. — No dirás impunemente dos veces estos insultos.

TIRESIAS. — En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te
irrites aún más?

EDIPO. — Di cuanto gustes, que en vano será dicho. 365

TIRESIAS. — Afirмо que tú has estado conviviendo muy
vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y
que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.

EDIPO. — ¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir diciendo
alegremente esto?

TIRESIAS. — Sí, si es que existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO. — Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista. 370

TIRESIAS. — Eres digno de lástima por echarme en cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche pronto.

EDIPO. — Vives en una noche continua, de manera que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perjudicar nunca. 375

TIRESIAS. — No quiere el destino que tú caigas por mi causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa llevarlo a cabo.

EDIPO. — ¿Esta invención es de Creonte o tuya?

TIRESIAS. — Creonte no es ningún dolor para ti, sino tú mismo.

EDIPO. — ¡Oh riqueza, poder y saber que aventajas a cualquier otro saber en una vida llena de encontrados intereses! ¡Cuánta envidia acecha en vosotros, si, a causa de este mando que la ciudad me confió como un don —sin que yo lo pidiera—, Creonte, el que era leal, el amigo desde el principio, desea expulsarme deslizándose a escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, maquinador y charlatán engañoso, que sólo ve en las ganancias y es ciego en su arte! Porque, ¡ea!, dime, ¿en qué fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora^[23]? Y, ciertamente, el enigma no era propio de que lo discurriera cualquier persona que se presentara, sino que requería arte adivinatoria que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyendo que estarás más cerca del trono de Creonte. Me parece que tú y el que ha urdido esto tendréis que lograr la purificación entre lamentos. Y si no te hubieses hecho valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufrimientos qué tipo de sabiduría tienes. 380 385 390 395 400

CORIFEO. — Nos parece adivinar que las palabras de éste y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas, sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la mejor manera. 405

TIRESIAS. — Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no vivo sometido a ti sino a Loxias^[24], de modo que no podré ser inscrito como seguidor de 410

Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes descienes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refugio de tus gritos!, ¡qué Citerón^[25] no los recogerá cuando te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir una feliz navegación^[26]! Y no adviertes la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal será aniquilado nunca de peor forma que tú.

EDIPO. — ¿Es que es tolerable escuchar esto de ése? ¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de esta casa, volviendo por donde has venido?

TIRESIAS. — No hubiera venido yo, si tú no me hubieras llamado.

EDIPO. — No sabía que ibas a decir necedades. En tal caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

TIRESIAS. — Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.

EDIPO. — ¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS. — Este día te engendrará y te destruirá.

EDIPO. — ¡De qué modo enigmático y oscuro lo dices todo!

TIRESIAS. — ¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo?^[27]

EDIPO. — Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.

TIRESIAS. — Esa fortuna, sin embargo, te hizo perecer.

EDIPO. — Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.

TIRESIAS. — En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.

EDIPO. — Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.

TIRESIAS. — Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese

hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre. Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.^a

¿Quién es aquel al que la profética roca délfica nombró como el que ha llevado a cabo, con sangrientas manos, acciones indecibles entre las indecibles? Es el momento para que él, en la huida, fuerce un paso más poderoso que el de caballos rápidos como el viento, pues contra él se precipita, armado con fuego y relámpagos, el hijo de Zeus. Y, junto a él, siguen terribles las infalibles diosas de la Muerte^[28].

Antístrofa 1.^a

No hace mucho resonó claramente, desde el nevado Parnaso^[29], la voz que anuncia que, por doquier, se siga el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro^[30] bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado andar, rehuyendo los oráculos procedentes del centro de la tierra^[31]. Pero éstos, siempre vivos, revolotean alrededor.

Estrofa 2.^a

De terrible manera, ciertamente, de terrible manera me perturba el sabio adivino, ya lo crea, ya lo niegue. ¿Qué diré? Lo ignoro. Estoy traído y llevado por las esperanzas, sin ver ni el presente ni lo que hay detrás. Yo nunca he sabido, ni antes ni ahora, qué motivo de disputa había entre los Labdácidas y el hijo de Pólibo^[32], que, por haberlo probado, me haga ir contra la pública fama de Edipo, como vengador para los Labdácidas de muertes no claras.

Antístrofa 2.^a

*Por una parte, cierto es que Zeus y Apolo son sagaces y
conocedores de los asuntos de los mortales, pero que un adivino 500
entre los hombres obtenga mayor éxito que yo, no es un juicio
verdadero. Un hombre podría contraponer sabiduría a sabiduría. Y 505
yo nunca, hasta ver que la profecía se cumpliera, haría patentes los
reproches. Porque, un día, llegó contra él, visible, la alada
doncella^[33] y quedó claro, en la prueba, que era sabio y amigo para 510
la ciudad. Por ello, en mi corazón nunca será culpable de maldad^[34].*

(Entra Creonte.)

CREONTE. — Ciudadanos, habiéndome enterado de que el rey 515
Edipo me acusa con terribles palabras, me presento sin poder
soportarlo. Pues si en los males presentes cree haber sufrido de mi
parte con palabras o con obras algo que le lleve a un perjuicio, no
tengo deseo de una vida que dure mucho tiempo con esta fama. El
daño que me reporta esta acusación no es sin importancia, sino 520
gravísimo, si es que voy a ser llamado malvado en la ciudad, y
malvado ante ti y ante los amigos.

CORIFEO. — Tal vez haya llegado a este ultraje forzado por la
cólera, más que intencionadamente.

CREONTE. — ¿Fue declarado por éste abiertamente que, 525
persuadido por mis consejeros, el adivino decía palabras falaces?

CORIFEO. — Eso dijo, pero no sé con qué intención.

CREONTE. — ¿Y, con la mirada y la mente rectas, lanzó esta
acusación contra mí?

CORIFEO. — No sé, pues no conozco lo que hacen los que tienen 530
el poder. Pero él, en persona, sale ya del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO. — ¡Tú, ése! ¿Cómo has venido aquí? ¿Eres, acaso, persona
de tanta osadía que has llegado a mi casa, a pesar de que es evidente
que tú eres el asesino de este hombre y un usurpador manifiesto de mi 535
soberanía? ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Te decidiste a actuar así por
haber visto en mí alguna cobardía o locura? ¿O pensabas que no
descubriría que tu acción se deslizaba con engaño, o que no me 540

defendería al averiguarlo? ¿No es tu intento una locura: buscar con ahínco la soberanía sin el apoyo del pueblo y de los amigos, cuando se obtiene con la ayuda de aquél y de las riquezas?

CREONTE. — ¿Sabes lo que vas a hacer? Opuestas a tus palabras, escúchame palabras semejantes y, después de conocerlas, juzga tú mismo.

EDIPO. — Tú eres diestro en el hablar y yo soy torpe para comprenderte, porque he descubierto que eres hostil y molesto para mí. 545

CREONTE. — En lo que a esto se refiere, óyeme primero cómo lo voy a contar.

EDIPO. — En lo que a esto se refiere, no me digas que no eres un malvado.

CREONTE. — Si crees que la presunción separada de la inteligencia es un bien, no razones bien. 550

EDIPO. — Si crees que perjudicando a un pariente no sufrirás la pena, no razones correctamente.

CREONTE. — De acuerdo contigo en que has dicho esto con toda razón. Pero infórmame qué perjuicio dices que has recibido.

EDIPO. — ¿Intentabas persuadirme, o no, de que era necesario que enviara a alguien a buscar al venerable adivino? 555

CREONTE. — Y soy aún el mismo en lo que a ese consejo se refiere.

EDIPO. — ¿Cuánto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE. — ¿Qué fue lo que hizo? No entiendo.

EDIPO. — ...sin que fuera visible, pereciera en un asesinato? 560

CREONTE. — Podrían contarse largos y antiguos años.

EDIPO. — ¿Ejercería entonces su arte ese adivino?

CREONTE. — Sí, tan sabiamente como antes y honrado por igual.

EDIPO. — ¿Hizo mención de mí para algo en aquel tiempo?

CREONTE. — No, ciertamente, al menos cuando yo estaba presente. 565

EDIPO. — Pero, ¿no hicisteis investigaciones acerca del muerto?

CREONTE. — Las hicimos, ¿cómo no? Y no conseguimos nada.

EDIPO. — ¿Y cómo, pues, ese sabio no dijo entonces estas cosas?

CREONTE. — No lo sé. De lo que no comprendo, prefiero guardar silencio.

EDIPO. — Sólo lo que sabes podrías decirlo con total
conocimiento. 570

CREONTE. — ¿Qué es ello? Si lo sé, no lo negaré.

EDIPO. — Que, si no hubiera estado concertado contigo, no
hubiera hablado de la muerte de Layo a mis manos.

CREONTE. — Si esto dice, tú lo sabes. Yo considero justo 575
informarme de ti, lo mismo que ahora tú lo has hecho de mí.

EDIPO. — Haz averiguaciones. No seré hallado culpable de
asesinato.

CREONTE. — ¿Y qué? ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO. — No es posible negar la pregunta que me haces.

CREONTE. — ¿Gobiernas el país administrándolo con igual poder
que ella?

EDIPO. — Lo que desea, todo lo obtiene de mí. 580

CREONTE. — ¿Y no es cierto que, en tercer lugar, yo me igualo a
vosotros dos?

EDIPO. — Por eso, precisamente, resultas ser un mal amigo.

CREONTE. — No si me das la palabra como yo a ti mismo.
Considera primeramente esto: si crees que alguien preferiría gobernar 585
entre temores a dormir tranquilo, teniendo el mismo poder. Por lo que
a mí respecta, no tengo más deseo de ser rey que de actuar como si lo 590
fuera, ni ninguna otra persona que sepa razonar. En efecto, ahora lo
obtengo de ti todo sin temor, pero, si fuera yo mismo el que
gobernara, haría muchas cosas también contra mi voluntad. ¿Cómo,
pues, iba a ser para mí más grato el poder absoluto, que un mando y
un dominio exentos de sufrimientos? Aún no estoy tan mal
aconsejado como para desear otras cosas que no sean los honores 595
acompañados de provecho. Actualmente, todos me saludan y me
acogen con cariño. Los que ahora tienen necesidad de ti me halagan,
pues en esto está, para ellos, el obtener todo. ¿Cómo iba yo, pues, a
pretender aquello desprendiéndome de esto? Una mente que razona 600
bien no puede volverse torpe. No soy, por tanto, amigo de esta idea ni
soportaría nunca la compañía de quien lo hiciera. Y, como prueba de
esto, ve a Delfos y entérate si te he anunciado fielmente la respuesta 605
del oráculo. Y otra cosa: si me sorprendes habiendo tramado algo en
común con el adivino, tras hacerlo, no me condenes a muerte por un
solo voto, sino por dos, por el tuyo y el mío; pero no me inculpes por

tu cuenta a causa de una suposición no probada. No es justo
considerar, sin fundamento, a los malvados honrados ni a los
honrados malvados. Afirmo que es igual rechazar a un buen amigo
que la propia vida, a la que se estima sobre todas las cosas. Con el
tiempo, podrás conocer que esto es cierto, ya que sólo el tiempo
muestra al hombre justo, mientras que podrías conocer al perverso en
un solo día. 610 615

CORIFEO. — Bien habló él, señor, para quien sea cauto en errar.
Pues los que se precipitan no son seguros para dar una opinión.

EDIPO. — Cuando el que conspira a escondidas avanza con
rapidez, preciso es que también yo mismo planee con la misma
rapidez. Si espero sin moverme, los proyectos de éste se convertirán
en hechos y los míos, en frustraciones. 620

CREONTE. — ¿Qué pretendes, entonces? ¿Acaso arrojarme fuera
del país?

EDIPO. — En modo alguno. Que mueras quiero, no que huyas.

CREONTE. — Cuando expliques cuál es la clase de
aborrecimiento... 625

EDIPO. — ¿Quieres decir que no me obedecerás ni me darás
crédito?

CREONTE. — ...pues veo que tú no razones con cordura.

EDIPO. — Sí, al menos, en lo que me afecta.

CREONTE. — Pero es preciso que lo hagas también en lo mío.

EDIPO. — Tú eres un malvado.

CREONTE. — ¿Y si es que tú no comprendes nada?

EDIPO. — Hay que obedecer, a pesar de ello.

CREONTE. — No al que ejerce mal el poder.

EDIPO. — ¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE. — También a mí me interesa la ciudad, no sólo a ti. 630

CORIFEO. — Cesad, príncipes. Veo que, a tiempo para vosotros,
sale de palacio Yocasta, con la que debéis dirimir la disputa que estáis
sosteniendo.

(Yocasta sale de palacio.)

YOCASTA. — ¿Por qué, oh desdichados, originasteis esta
irreflexiva discusión? ¿No os da vergüenza ventilar cuestiones 635

particulares estando como está sufriendo la ciudad? ¿No irás tú a palacio y tú, Creonte, a tu casa sin transformar un disgusto que no es nada en algo importante?

CREONTE. — Hermana, Edipo, tu esposo, pretende llevar a cabo decisiones terribles respecto a mí, habiendo elegido entre dos calamidades: o desterrarme de la patria o, tras hacerme prisionero, matarme. 640

EDIPO. — Asiento. Pues le he sorprendido, mujer, tramando contra mi persona con mañas ruines.

CREONTE. — ¡Que no sea feliz, sino que perezca maldito, si he realizado contra ti algo de lo que me imputas! 645

YOCASTA. — ¡Por los dioses!, Edipo, da crédito a esto, sobre todo si sientes respeto ante un juramento en nombre de los dioses y, después, también por respeto a mí y a los que están ante ti.

Estrofa 1.^a

CORO. — *Obedece de grado y por prudencia, señor, te lo suplico.* 650

EDIPO. — *¿En qué quieres que ceda?*

CORO. — *En respetar al que nunca antes fue necio y ahora es fuerte en virtud del juramento.*

EDIPO. — *¿Sabes lo que pides?* 655

CORIFEO. — *Lo sé.*

EDIPO. — *Explícame qué dices.*

CORO. — *Que, por un rumor poco probado, nunca lances una acusación de deshonor a un pariente obligado por su propio juramento.*

EDIPO. — Entérate bien ahora: cuando esto pretendes, me estás buscando la ruina o mi destierro de este país.

Estrofa 2.^a

CORO. — *No, ¡por el dios primero entre todos los dioses, el Sol!* 660

¡Qué muera sin dios, sin amigos, de la peor manera, si tengo semejante pensamiento! Pero esta tierra que se consume aflige mi ánimo, desventurado, si los males que os atañen a vosotros dos se unen a los que ya había. 665

EDIPO. — ¡Que se vaya éste, aun cuando deba yo morir irremediablemente o ser expulsado por la fuerza, deshonorado, de esta 670

tierra! Ante tus palabras dignas de lástima me apiado, que no ante las de éste. Él, en donde se encuentre, será objeto de mi aborrecimiento.

CREONTE. — Es evidente que lleno de odio cedes, y estarás molesto cuando termines de estar airado. Las naturalezas como la tuya son, con motivo, las que más se duelen de soportarse a sí mismas. 675

EDIPO. — ¿No me dejarás tranquilo y te irás fuera?

CREONTE. — Me voy sin que me hayas entendido, pero para éstos soy el mismo. *(Se aleja.)*

Antístrofa 1.^a

CORO. — *Mujer, ¿qué estás esperando para llevarlo a palacio?*

YOCASTA. — *Conocer qué es lo que ocurre.* 680

CORO. — *Una oscura sospecha surgió de unas palabras, pero también me desgarró lo que puede ser injusto*^[35].

YOCASTA. — ¿Del uno y del otro?

CORIFEO. — Sí.

YOCASTA. — ¿Y cuál fue el motivo?

CORO. — *Basta, me parece que es suficiente, estándote atormentado el país. Que se quede el asunto allí donde cesó.* 685

EDIPO. — Date cuenta dónde has llegado, aun siendo hombre honesto en tu intención, haciendo caso omiso y embotando mi corazón.

Antístrofa 2.^a

CORO. — *¡Oh señor!, no te lo he dicho sólo una vez: sabe que habría de mostrarme insensato, falto de razonable juicio, si te abandonara. Tú, que dirigiste con justicia el rumbo*^[36] *de mi querido país, cuando estaba sacudido entre desgracias, llegarás a ser también ahora un buen guía, si puedes.* 690 695

YOCASTA. — ¡En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.

EDIPO. — Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de conspiración que ha tramado contra mí. 700

YOCASTA. — Habla, si es que lo vas a hacer para denunciar claramente el motivo de la querella.

EDIPO. — Dice que yo soy el asesino de Layo.

YOCASTA. — ¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?

EDIPO. — Ha hecho venir a un desvergonzado adivino, ya que su boca, por lo que a él en persona concierne, está completamente libre. 705

YOCASTA. — Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria^[37]. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras. 710

Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores— que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros le mataron en una encrucijada de tres caminos^[38]. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies^[39], le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. 715

Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos habían declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos. 720 725

EDIPO. — Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué delirio se ha apoderado de mi alma y qué agitación de mis sentidos!

CREONTE. — ¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?

EDIPO. — Me pareció oírte que Layo había sido muerto en una encrucijada de tres caminos. 730

YOCASTA. — Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.

EDIPO. — ¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la desgracia?

YOCASTA. — Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.

EDIPO. — ¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos? 735

YOCASTA. — Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.

EDIPO. — ¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?

YOCASTA. — ¿Qué es lo que te desazona, Edipo?

EDIPO. — Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué aspecto tenía Layo y de qué edad era? 740

YOCASTA. — Era fuerte, con los cabellos desde hacía poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya.

EDIPO. — ¡Ay de mí, infortunado! Paréceme que acabo de precipitarme a mí mismo, sin saberlo, en terribles maldiciones.

YOCASTA. — ¿Cómo dices? No me atrevo a dirigirte la mirada, señor.

EDIPO. — Me pregunto, con tremenda angustia, si el adivino no estaba en lo cierto, y me lo demostrarás mejor, si aún me revelas una cosa.

YOCASTA. — En verdad que siento temor, pero a lo que me preguntes, si lo sé, contestaré.

EDIPO. — ¿Iba de incógnito, o con una escolta numerosa cual corresponde a un rey? 750

YOCASTA. — Eran cinco en total. Entre ellos había un heraldo. Sólo un carro conducía a Layo.

EDIPO. — ¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que entonces os anunció las nuevas, mujer? 755

YOCASTA. — Un servidor que llegó tras haberse salvado sólo él.

EDIPO. — ¿Por casualidad se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA. — No, por cierto. Cuando llegó de allí y vio que tú regentabas el poder y que Layo estaba muerto^[40], me suplicó, encarecidamente, cogiéndome la mano^[41], que le enviara a los campos y al pastoreo de rebaños para estar lo más alejado posible de la ciudad. Yo lo envié, porque, en su calidad de esclavo, era digno de obtener este reconocimiento y aún mayor. 760

EDIPO. — ¿Cómo podría llegar junto a nosotros con rapidez? 765

YOCASTA. — Es posible. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO. — Temo por mí mismo, oh mujer, haber dicho demasiadas cosas; Por ello, quiero verle.

YOCASTA. — Está bien, vendrá, pero también yo merezco saber lo que te causa desasosiego, señor. 770

EDIPO. — Y no serás privada, después de haber llegado yo a tal punto de zozobra. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría yo hablar, cuando paso por semejante trance?

Mi padre era Pólipo, corintio, y mi madre Mérope, doria. Era
considerado yo como el más importante de los ciudadanos de allí
hasta que me sobrevino el siguiente suceso, digno de admirar, pero,
sin embargo, no proporcionado al ardor que puse en ello. He aquí que
en un banquete, un hombre saturado de bebida, refiriéndose a mí,
dice, en plena embriaguez, que yo era un falso hijo de mi padre. Yo,
disgustado, a duras penas me pude contener a lo largo del día, pero, al
siguiente, fui junto a mi padre y mi madre y les pregunté. Ellos
llevaron a mal la injuria de aquel que había dejado escapar estas
palabras. Yo me alegré con su reacción; no obstante, eso me
atormentaba sin cesar, pues me había calado hondo.

Sin que mis padres lo supieran, me dirigí a Delfo, y Febo me
despidió sin atenderme en aquello por lo que llegué, sino que se
manifestó anunciándome, infortunado de mí, terribles y desgraciadas
calamidades: que estaba fijado que yo tendría que unirme a mi madre
y que traería al mundo una descendencia insoportable de ver para los
hombres y que yo sería asesino del padre que me había engendrado.

Después de oír esto, calculando a partir de allí la posición de la
región corintia por las estrellas, iba, huyendo de ella, adonde nunca
viera cumplirse las atrocidades de mis funestos oráculos.

En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el
rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. Cuando en mi viaje estaba
cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes,
montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El
conductor^[42] y el mismo anciano me arrojaron violentamente fuera
del camino. Yo, al que me había apartado, al conductor del carro, le
golpeé movido por la cólera. Cuando el anciano ve desde el carro que
me aproximo, apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la
pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que,
inmediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano y, al
punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté a todos.

Si alguna conexión hay entre Layo y este extranjero, ¿quién hay
en este momento más infortunado que yo? ¿Qué hombre podría llegar
a ser más odiado por los dioses, cuando no le es posible a ningún
extranjero ni ciudadano recibirle en su casa ni dirigirle la palabra y
hay que arrojarle de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien ha
lanzado sobre mí mismo tales maldiciones. Mancillo el lecho del
muerto con mis manos, precisamente con las que le maté. ¿No soy yo,

en verdad, un canalla? ¿No soy un completo impuro? Si debo salir
desterrado, no me es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi
patria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimonio con mi
madre y a matar a Pólipo^[43], que me crió y engendró. ¿Acaso no sería
cierto el razonamiento de quien lo juzgue como venido sobre mí de
una cruel divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los
dioses, que no vea yo este día, sino que desaparezca de entre los
mortales antes que ver que semejante deshonor impregnado de
desgracia llega sobre mí!

CORIFEO. — A nosotros, oh rey, nos parece esto motivo de temor,
pero mientras no lo conozcas del todo por boca del que estaba
presente, ten esperanza.

EDIPO. — En verdad, ésta es la única esperanza que tengo:
aguardar al pastor.

YOCASTA. — Y cuando él haya aparecido, ¿qué esperas que
suceda?

EDIPO. — Yo te lo diré. Si descubrimos que dice lo mismo que tú,
yo podría ponerme a salvo de esta calamidad.

YOCASTA. — ¿Qué palabras especiales me has oído?

EDIPO. — Decías que él afirmó que unos ladrones le habían
matado. Si aún confirma el mismo número, yo no fui el asesino, pues
no podría ser uno solo igual a muchos. Pero si dice que fue un hombre
que viajaba en solitario, está claro: el delito me es imputable.

YOCASTA. — Ten por seguro que así se propagó la noticia, y no le
es posible desmentirla de nuevo, puesto que la ciudad, no yo sola, lo
oyó. Y si en algo se apartara del anterior relato, ni aun entonces
mostrará que la muerte de Layo se cumplió debidamente, porque
Loxias dijo expresamente que se llevaría a cabo por obra de un hijo
mío. Sin embargo, aquél, infeliz, nunca le pudo matar, sino que él
mismo sucumbió antes. De modo que en materia de adivinación yo no
podría dirigir la mirada ni a un lado ni a otro.

EDIPO. — Haces un sensato juicio. Pero, no obstante, envía a
alguien para que haga venir al labriego y no lo descuides.

(Entran en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.^a

*¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la venerable pureza
de todas las palabras y acciones cuyas leyes son sublimes, nacidas en
el celeste firmamento, de las que Olimpo^[44] es el único padre y
ninguna naturaleza mortal de los hombres engendró ni nunca el
olvido las hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay y
no envejece.*

Antístrofa 1.^a

*La insolencia produce al tirano. La insolencia, si se harta en vano
de muchas cosas que no son oportunas ni convenientes subiéndose a
lo más alto, se precipita hacia un abismo de fatalidad donde no
dispone de pie firme. Pido que la divinidad nunca haga cesar la
emulación que es favorable para la ciudad. Al dios no cesaré de tener
como protector.*

Estrofa 2.^a

*Si alguien se comporta orgullosamente en acciones o de palabra,
sin sentir temor de la Justicia ni respeto ante las moradas de los
dioses, ¡ojalá le alcance un funesto destino por causa de su
infortunada arrogancia! Y si no saca con justicia provecho y no se
aleja de los actos impíos, o toca cosas que son intocables en una
insensata acción, ¿qué hombre, en tales circunstancias, se jactará
aún de rechazar de su alma las flechas de los dioses? Si las acciones
de este tipo son dignas de horrores, ¿por qué debo yo participar en
los coros^[45]?*

Antístrofa 2.^a

*Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro de la tierra,
ni al templo de Abas^[46], ni a Olimpia, si estos oráculos no se
cumplen como para que sean señalados por todos los hombres. Pero,
¡oh Zeus poderoso!, si con razón eres así llamado, que riges todo, no
te pase esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmortal. Se
diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo, extinguiéndose, y
Apolo no se manifiesta, en modo alguno, con honores, y los asuntos
divinos se pierden.*

(Yocasta sale de palacio acompañada de servidoras.)

YOCASTA. — Señores de la región, se me ha ocurrido la idea de acercarme a los templos de los dioses con estas coronas y ofrendas de incienso en las manos. Porque Edipo tiene demasiado en vilo su corazón con aflicciones de todo tipo y no conjetura, cual un hombre razonable, lo nuevo por lo de antaño^[47], sino que está pendiente del que habla si anuncia motivos de temor. Y ya que no consigo nada con mis consejos, me llego ante ti, oh Apolo Liceo —pues eres el más cercano—, cual suplicante, con estos signos de rogativas^[48] para que nos proporciones alguna liberación purificadora, puesto que ahora todos sentimos ansiedad, al ver asustado a aquel que es como el piloto de la nave. 915 920

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO. — ¿Podríais informarme, oh extranjeros, dónde se halla el palacio del rey Edipo? 925

CORIFEO. — Ésta es su morada y él mismo está dentro, extranjero. Esta mujer es la madre^[49] de sus hijos.

MENSAJERO. — ¡Que llegues a ser siempre feliz, rodeada de gente dichosa, tú que eres esposa legítima de aquél! 930

YOCASTA. — De igual modo lo seas tú, oh extranjero, pues lo mereces por tus favorables palabras. Pero dime con qué intención has llegado y qué quieres anunciar.

MENSAJERO. — Buenas nuevas para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA. — ¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes? 935

MENSAJERO. — De Corinto. Ojalá te complazca —¿cómo no?— la noticia que te daré a continuación, aunque tal vez te duelas.

YOCASTA. — ¿Qué es? ¿Cómo puede tener ese doble efecto?

MENSAJERO. — Los habitantes de la región del Istmo le van a designar rey, según se ha dicho allí. 940

YOCASTA. — ¿Por qué? ¿No está ya el anciano Pólipo en el poder?

MENSAJERO. — No, ya que la muerte lo tiene en su tumba.

YOCASTA. — ¿Cómo dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MENSAJERO. — Que sea merecedor de muerte, si no digo la verdad.

YOCASTA. — Sirvienta, ¿no irás rápidamente a decirle esto al amo? ¡Oh oráculos de los dioses! ¿Dónde estáis? Edipo huyó hace tiempo por el temor de matar a este hombre y, ahora, él ha muerto por el azar y no a manos de aquél. 945

(Sale Edipo de palacio.)

EDIPO. — ¡Oh Yocasta, muy querida mujer! ¿Por qué me has mandado venir aquí desde palacio? 950

YOCASTA. — Escucha a este hombre y observa, al oírle, en qué han quedado los respetables oráculos del dios.

EDIPO. — ¿Quién es éste y qué me tiene que comunicar?

YOCASTA. — Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólipo, no está ya vivo, sino que ha muerto. 955

EDIPO. — ¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú mismo.

MENSAJERO. — Si es preciso que yo te lo anuncie claramente en primer lugar, entérate bien de que aquél ha muerto.

EDIPO. — ¿Acaso por una emboscada, o como resultado de una enfermedad? 960

MENSAJERO. — Un pequeño quebranto rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO. — A causa de enfermedad murió el desdichado, a lo que parece.

MENSAJERO. — Y por haber vivido largos años.

EDIPO. — ¡Ah, ah! ¿Por qué, oh mujer, habría uno de tener en cuenta el altar vaticinador de Pitón o los pájaros que claman en el cielo, según cuyos indicios tenía yo que dar muerte a mi propio padre? Pero él, habiendo muerto, está oculto bajo tierra y yo estoy aquí, sin haberle tocado con arma alguna, a no ser que se haya consumido por nostalgia de mí. De esta manera habría muerto por mi intervención. En cualquier caso, Pólipo yace en el Hades y se ha llevado consigo los oráculos presentes, que no tienen ya ningún valor. 965 970

YOCASTA. — ¿No te lo decía yo desde antes?

EDIPO. — Lo decías, pero yo me dejaba guiar por el miedo.

YOCASTA. — Ahora no tomes en consideración ya ninguno de ellos. 975

EDIPO. — ¿Y cómo no voy a temer al lecho de mi madre?

YOCASTA. — Y ¿qué podría temer un hombre para quien los imperativos de la fortuna son los que le pueden dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños^[50]. Aquel para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida. 980

EDIPO. — Con razón hubieras dicho todo eso, si no estuviera viva mi madre. Pero como lo está, no tengo más remedio que temer, aunque tengas razón. 985

YOCASTA. — Gran ayuda suponen los funerales de tu padre.

EDIPO. — Grande, lo reconozco. Pero siento temor por la que vive.

MENSAJERO. — ¿Cuál es la mujer por la que teméis?

EDIPO. — Por Mérope, anciano, con la que vivía Pólipo. 990

MENSAJERO. — ¿Qué hay en ella que os induzca al temor?

EDIPO. — Un oráculo terrible de origen divino, extranjero.

MENSAJERO. — ¿Lo puedes aclarar, o no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO. — Sí, por cierto. Loxias afirmó, hace tiempo, que yo había de unirme con mi propia madre y coger en mis manos la sangre de mi padre. Por este motivo habito desde hace años muy lejos de Corinto, feliz, pero, sin embargo, es muy grato ver el semblante de los padres. 995

MENSAJERO. — ¿Acaso por temor a estas cosas estabas desterrado de allí? 1000

EDIPO. — Por el deseo de no ser asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO. — ¿Por qué, pues, no te he liberado yo de este recelo, señor, ya que bien dispuesto llegué?

EDIPO. — En ese caso recibirías de mí digno agradecimiento.

MENSAJERO. — Por esto he venido sobre todo, para que en algo obtenga un beneficio cuando tú regreses a palacio. 1005

EDIPO. — Pero jamás iré con los que me engendraron.

MENSAJERO. — ¡Oh hijo, es bien evidente que no sabes lo que haces...

EDIPO. — ¿Cómo, oh anciano? Acláramelo, por los dioses.

MENSAJERO. — ...si por esta causa rehúyes volver a casa! 1010

EDIPO. — Temeroso de que Febo me resulte veraz.

MENSAJERO. — ¿Es que temes cometer una infamia para con tus progenitores?

EDIPO. — Eso mismo, anciano. Ello me asusta constantemente.

MENSAJERO. — ¿No sabes que, con razón, nada debes temer?

EDIPO. — ¿Cómo no, si soy hijo de esos padres? 1015

MENSAJERO. — Porque Pólipo nada tenía que ver con tu linaje.

EDIPO. — ¿Cómo dices? ¿Que no me engendró Pólipo?

MENSAJERO. — No más que el hombre aquí presente, sino igual.

EDIPO. — Y ¿cómo el que me engendró está en relación contigo que no me eres nada?

MENSAJERO. — No te engendramos ni aquél ni yo. 1020

EDIPO. — Entonces, ¿en virtud de qué me llamaba hijo?

MENSAJERO. — Por haberte recibido como un regalo —entérate— de mis manos.

EDIPO. — Y ¿a pesar de haberme recibido así de otras manos, logró amarme tanto?

MENSAJERO. — La falta hasta entonces de hijos le persuadió del todo.

EDIPO. — Y tú, ¿me habías comprado o encontrado cuando me entregaste a él? 1025

MENSAJERO. — Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.

EDIPO. — ¿Por qué recorrías esos lugares?

MENSAJERO. — Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.

EDIPO. — ¿Eras pastor y nómada a sueldo?

MENSAJERO. — Y así fui tu salvador en aquel momento. 1030

EDIPO. — ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?

MENSAJERO. — Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.

EDIPO. — ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?

MENSAJERO. — Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos.

EDIPO. — ¡Bello ultraje recibí de mis pañales! 1035

MENSAJERO. — Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.

EDIPO. — ¡Oh, por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre la recibí? Dímelo.

MENSAJERO. — No lo sé. El que te entregó a mí conoce esto mejor que yo.

EDIPO. — Entonces, ¿me recibiste de otro y no me encontraste por ti mismo?

MENSAJERO. — No, sino que otro pastor me hizo entrega de ti. 1040

EDIPO. — ¿Quién es? ¿Sabes darme su nombre?

MENSAJERO. — Por lo visto era conocido como uno de los servidores de Layo.

EDIPO. — ¿Del rey que hubo, en otro tiempo, en esta tierra?

MENSAJERO. — Sí, de ese hombre era él pastor.

EDIPO. — ¿Está aún vivo ese tal como para poder verme? 1045

MENSAJERO. — (*Dirigiéndose al Coro.*) Vosotros, los habitantes de aquí, podríais saberlo mejor.

EDIPO. — ¿Hay entre vosotros, los que me rodeáis, alguno que conozca al pastor a que se refiere, por haberle visto, bien en los campos, bien aquí? Indicádmelo, pues es el momento de descubrirlo de una vez por todas. 1050

CORIFEO. — Creo que a ningún otro se refiere, sino al que tratabas de ver antes haciéndole venir desde el campo. Pero aquí está Yocasta que podría decirlo mejor.

EDIPO. — Mujer, ¿conoces a aquel que hace poco deseábamos que se presentara? ¿Es a él a quien éste se refiere? 1055

YOCASTA. — ¿Y qué nos va lo que dijo acerca de un cualquiera? No hagas ningún caso, no quieras recordar inútilmente lo que ha dicho.

EDIPO. — Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen.

YOCASTA. — ¡No, por los dioses! Si en algo te preocupa tu propia vida, no lo investigues. Es bastante que yo esté angustiada. 1060

EDIPO. — Tranquilízate, pues aunque yo resulte esclavo, hijo de madre esclava por tres generaciones, tú no aparecerás innoble.

YOCASTA. — No obstante, obedéceme, te lo suplico. No lo hagas.

EDIPO. — No podría obedecerte en dejar de averiguarlo con claridad. 1065

YOCASTA. — Sabiendo bien que es lo mejor para ti, hablo.

EDIPO. — Pues bien, lo mejor para mí me está importunando desde hace rato.

YOCASTA. — ¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO. — ¿Alguien me traerá aquí al pastor? Dejad a ésta que se complazca en su poderoso linaje. 1070

YOCASTA. — ¡Ah, ah, desdichado, pues sólo eso te puedo llamar y ninguna otra cosa ya nunca en adelante!

(Yocasta, visiblemente alterada, entra al palacio.)

CORIFEO. — ¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflicción? Tengo miedo de que de este silencio^[51] estallen desgracias. 1075

EDIPO. — Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen, aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergüence de mi linaje oscuro, pues tiene orgullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonorado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe. 1080 1085

CORO.

Estrofa.

Si yo soy adivino y conocedor de entendimiento, ¡por el Olimpo!, no quedarás, ¡oh Citerón!, sin saber que desde el plenilunio de mañana yo te ensalzaré como región de Edipo, al tiempo que nodriza y madre, y serás celebrado con coros por nosotros como quien se hace protector de mis reyes. ¡Oh Febo, que esto te sirva de satisfacción! 1090 1095

Antístrofa.

¿Cuál a ti, hijo, cuál de las ninfas inmortales te engendró, acercándose al padre Pan que vaga por los montes? ¿O fue una 1100

amante de Loxias, pues a él le son queridas todas las agrestes planicies? O el soberano de Cilene^[52], o el dios báquico que habita en lo más alto de los montes te recibió como un hallazgo de alguna de las ninfas del Helicón con las que juguetea la mayor parte del tiempo. 1105

(Entra el anciano pastor acompañado de dos esclavos.)

EDIPO. — Si he de hacer yo conjeturas, ancianos, creo estar 1110
viendo al pastor que desde hace rato buscamos, aunque nunca he
tenido relación con él. Pues en su acusada edad coincide por completo
con este hombre y, además, reconozco a los que lo conducen como
servidores míos. Pero tú, tal vez, podrías superarme en conocimientos 1115
por haber visto antes al pastor.

CORIFEO. — Lo conozco, ten la certeza. Era un pastor de Layo,
fiel cual ninguno.

EDIPO. — A ti te pregunto en primer lugar, al extranjero corintio: 1120
¿es de ése de quien hablabas?

MENSAJERO. — De éste que contemplas.

EDIPO. — Eh, tú, anciano, acércate y, mirándome, contesta a
cuanto te pregunte. ¿Perteneceste, en otro tiempo, al servicio de Layo?

SERVIDOR. — Sí, como esclavo no comprado, sino criado en la
casa.

EDIPO. — ¿En qué clase de trabajo te ocupabas o en qué tipo de
vida?

SERVIDOR. — La mayor parte de mi vida conduje rebaños. 1125

EDIPO. — ¿En qué lugares habitabas sobre todo?

SERVIDOR. — Unas veces, en el Citerón; otras, en lugares
colindantes.

EDIPO. — ¿Eres consciente de haber conocido allí a este hombre
en alguna parte?

SERVIDOR. — ¿En qué se ocupaba? ¿A qué hombre te refieres?

EDIPO. — Al que está aquí presente. ¿Tuviste relación con él 1130
alguna vez?

SERVIDOR. — No como para poder responder rápidamente de
memoria.

MENSAJERO. — No es nada extraño, señor. Pero yo refrescaré
claramente la memoria del que no me reconoce. Estoy bien seguro de

que se acuerda cuando, en el monte Citerón, él con doble rebaño y yo 1135
con uno, convivimos durante tres períodos enteros de seis meses,
desde la primavera hasta Arturo^[53]. Ya en el invierno yo llevaba mis
rebaños a los establos, y él, a los apriscos de Layo. ¿Cuento lo que ha 1140
sucedido o no?

SERVIDOR. — Dices la verdad, pero ha pasado un largo tiempo.

MENSAJERO. — ¡Ea! Dime, ahora, ¿recuerdas que entonces me
diste un niño para que yo lo criara como un retoño mío?

SERVIDOR. — ¿Qué ocurre? ¿Por qué te informas de esta cuestión?

MENSAJERO. — Éste es, querido amigo, el que entonces era un 1145
niño.

SERVIDOR. — ¡Así te pierdas! ¿No callarás?

EDIPO. — ¡Ah! No le reprendas, anciano, ya que son tus palabras,
más que las de éste, las que requieren un reprensor.

SERVIDOR. — ¿En qué he fallado, oh el mejor de los amos?

EDIPO. — No hablando del niño por el que éste pide información. 1150

SERVIDOR. — Habla, y no sabe nada, sino que se esfuerza en vano.

EDIPO. — Tú no hablarás por tu gusto, y tendrás que hacerlo
llorando.

SERVIDOR. — ¡Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo!

EDIPO. — ¿No le atará alguien las manos a la espalda cuanto
antes?

SERVIDOR. — ¡Desdichado! ¿Por qué? ¿De qué más deseas 1155
enterarte?

EDIPO. — ¿Le entregaste al niño por el que pregunta?

SERVIDOR. — Lo hice y ¡ojalá hubiera muerto ese día!

EDIPO. — Pero a esto llegarás, si no dices lo que corresponde.

SERVIDOR. — Me pierdo mucho más aún si hablo.

EDIPO. — Este hombre, según parece, se dispone a dar rodeos. 1160

SERVIDOR. — No, yo no, pues ya he dicho que se lo entregué.

EDIPO. — ¿De dónde lo habías tomado? ¿Era de tu familia o de
algún otro?

SERVIDOR. — Mío no. Lo recibí de uno.

EDIPO. — ¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?

SERVIDOR. — ¡No, por los dioses, no me preguntes más, mi señor! 1165

EDIPO. — Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.

SERVIDOR. — Pues bien, era uno de los vástagos de la casa de Layo.

EDIPO. — ¿Un esclavo, o uno que pertenecía a su linaje?

SERVIDOR. — ¡Ay de mí! Estoy ante lo verdaderamente terrible de decir.

EDIPO. — Y yo de escuchar, pero, sin embargo, hay que oírlo. 1170

SERVIDOR. — Era tenido por hijo de aquél. Pero la que está dentro, tu mujer, es la que mejor podría decir cómo fue.

EDIPO. — ¿Ella te lo entregó?

SERVIDOR. — Sí, en efecto, señor.

EDIPO. — ¿Con qué fin?

SERVIDOR. — Para que lo matara.

EDIPO. — ¿Habiéndolo engendrado ella, desdichada? 1175

SERVIDOR. — Por temor a funestos oráculos.

EDIPO. — ¿A cuáles?

SERVIDOR. — Se decía que él mataría a sus padres.

EDIPO. — Y ¿cómo, en ese caso, tú lo entregaste a este anciano?

SERVIDOR. — Por compasión, oh señor, pensando que se lo llevaría a otra tierra de donde él era. Y éste lo salvó para los peores males. Pues si eres tú, en verdad, quien él asegura, sábetelo que has nacido con funesto destino. 1180

EDIPO. — ¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo! 1185

(Entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.^a

¡Ah, descendencia de mortales! ¡Cómo considero que vivís una vida igual a nada!^[54]. *Pues, ¿qué hombre, qué hombre logra más felicidad que la que necesita para parecerlo y, una vez que ha dado esa impresión, para declinar? Teniendo este destino tuyo, el tuyo como ejemplo, ¡oh infortunado Edipo!, nada de los mortales tengo por dichoso.* 1190 1195

Antístrofa 2.^a

Tú, que, tras disparar el arco^[55] con incomparable destreza, conseguiste una dicha por completo afortunada, ¡oh Zeus!, después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, y te alzaste como un baluarte contra la muerte en mi tierra. Y, por ello, fuiste aclamado como mi rey y honrado con los mayores honores, mientras reinabas en la próspera Tebas. 1200

Estrofa 2.^a

Y ahora, ¿de quién se puede oír decir que es más desgraciado? ¿Quién es el que vive entre violentas penas, quién entre padecimientos con su vida cambiada? ¡Ah noble Edipo, a quien le bastó el mismo espacioso puerto para arrojarse como hijo, padre y esposo! ¿Cómo, cómo pudieron los surcos paternos^[56] tolerarte en silencio, infortunado, durante tanto tiempo? 1205 1210

Antístrofa 2.^a

Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en donde se engendra y resulta engendrado: ¡Ah, hijo de Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir verdad, yo tomé aliento gracias a ti^[57] y pude adormecer mis ojos. 1215 1220

(Sale un mensajero del palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh vosotros, honrados siempre, en grado sumo, en esta tierra! ¡Qué sucesos vais a escuchar, qué cosas contemplaréis y en cuánto aumentaréis vuestra aflicción, si es que aún, con fidelidad, os preocupáis de la casa de los Labdácidas! Creo que ni el Istro ni el Fasis^[58] podrían lavar, para su purificación, cuanto oculta este techo y los infortunios que, enseguida, se mostrarán a la luz, queridos y no involuntarios. Y, de las amargas, son especialmente penosas las que se demuestran buscadas voluntariamente.

 1225 1230

CORIFEO. — Los hechos que conocíamos son ya muy lamentables. Además de aquéllos, ¿qué anuncias?

MENSAJERO. — Las palabras más rápidas de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta. 1235

CORIFEO. — ¡Oh desventurada! ¿Por qué causa?

MENSAJERO. — Ella, por sí misma. De lo ocurrido falta lo más doloroso, al no ser posible su contemplación. Pero, sin embargo, en tanto yo pueda recordarlo te enterarás de los padecimientos de aquella infortunada. Cuando, dejándose llevar por la pasión atravesó el vestíbulo, se lanzó derechamente hacia la cámara nupcial mesándose los cabellos con ambas manos. Una vez que entró, echando por dentro los cerrojos de las puertas, llama a Layo, muerto ya desde hace tiempo, y le recuerda su antigua simiente, por cuyas manos él mismo iba a morir y a dejar a su madre como funesto medio de procreación para sus hijos. Deploraba el lecho donde, desdichada, había engendrado una doble descendencia: un esposo de un esposo y unos hijos de hijos.

Y, después de esto, ya no sé cómo murió; pues Edipo, dando gritos, se precipitó y, por él, no nos fue posible contemplar hasta el final el infortunio de aquélla; más bien dirigíamos la mirada hacia él mientras daba vueltas.

En efecto, iba y venía hasta nosotros pidiéndonos que le proporcionásemos una espada y que dónde se encontraba la esposa que no era esposa, seno materno en dos ocasiones, para él y para sus hijos.

Algún dios se lo mostró, a él que estaba fuera de sí, pues no fue ninguno de los hombres que estábamos cerca. Y gritando de horrible modo, como si alguien le guiara, se lanzó contra las puertas dobles y, combándolas, abate desde los puntos de apoyo los cerrojos y se precipita en la habitación en la que contemplamos a la mujer colgada, suspendida del cuello por retorcidos lazos. Cuando él la ve, el infeliz, lanzando un espantoso alarido, afloja el nudo corredizo que la sostenía. Una vez que estuvo tendida, la infortunada, en tierra, fue terrible de ver lo que siguió: arrancó los dorados broches de su vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía cosas como éstas: que no le verían a él, ni los males que había padecido, ni los horrores que había cometido, sino que estarían en la oscuridad el resto del tiempo para no ver a los que no debía y no conocer a los que deseaba.

Haciendo tales imprecaciones una y otra vez —que no una sola—, se iba golpeando los ojos con los broches. Las pupilas ensangrentadas teñían las mejillas y no destilaban gotas chorreantes de sangre, sino que todo se mojaba con una negra lluvia y granizada de sangre.

Esto estalló por culpa de los dos, no de uno sólo, pero las 1280
desgracias están mezcladas para el hombre y la mujer. Su legendaria
felicidad anterior era entonces una felicidad en el verdadero sentido;
pero ahora, en el momento presente, es llanto, infortunio, muerte,
ignominia y, de todos los pesares que tienen nombre, ninguno falta. 1285

CORIFEO. — ¿Y ahora se encuentra el desdichado en alguna tregua
de su mal?

MENSAJERO. — Está gritando que se descorran los cerrojos y que
muestren a todos los Cadmeos al homicida, al que de su madre..., 1290
profiriendo expresiones impías, impronunciabiles para mí, como si se
fuera a desterrar él mismo de esta tierra y a no permanecer más en el
palacio, estando como está sujeto a la maldición que lanzó. Lo cierto
es que requiere un soporte y un guía, pues la desgracia es mayor de lo 1295
que se puede tolerar. Te lo mostrará también a ti, pues se abren los
cerrojos de las puertas. Pronto podrás ver un espectáculo tal, como
para mover a compasión, incluso, al que le odiara.

*(Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo con la cara
ensangrentada, andando a tientas.)*

CORO.

*¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡Oh el
más espantoso de todos cuantos yo me he encontrado!*^[59]. *¿Qué
locura te ha acometido, oh infeliz? ¿Qué deidad es la que ha saltado,* 1300
con salto mayor que los más largos, sobre su desgraciado destino?
^[60]. *¡Ay, ay, desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que
quisiera hacerte muchas preguntas, enterarme de muchas cosas y* 1305
observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me inspiras!

EDIPO. — *¡Ah, ah, desgraciado de mí! ¿A qué tierra seré* 1310
*arrastrado, infeliz? ¿Adónde se me irá volando, en un arrebató, mi
voz? ¡Ay, destino! ¿Adónde te has marchado?*

CORIFEO. — A un desastre terrible que ni puede escucharse ni
contemplarse.

Estrofa 1.^a

EDIPO. — *¡Oh nube de mi oscuridad, que me aíslas, sobrevenida* 1315
de indecible manera, inflexible e irremediable! ¡Ay, ay de mí de

nuevo! ¡Cómo me penetran, al mismo tiempo, los pinchazos de estos
aguijones y el recuerdo de mis males!

CORIFEO. — No tiene nada de extraño que en estos sufrimientos te
lamentes y soportes males dobles^[61]. 1320

Antístrofa 1.^a

EDIPO. — ¡Oh amigo!, tú eres aún mi fiel servidor, pues todavía
te encargas de cuidarme en mi ceguera. ¡Uy, uy!, no me pasas 1325
inadvertido, sino que, aunque estoy en tinieblas, reconozco, sin
embargo, tu voz.

CORIFEO. — ¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo
te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó?

Estrofa 2.^a

EDIPO. — Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en mí estos 1330
tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con
su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, 1335
a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?

CORO. — Eso es exactamente como dices.

EDIPO. — ¿Qué es, pues, para mí digno de ver o de amar, o qué
saludo es posible ya oír con agrado, amigos? Sacadme fuera del país 1340
cuanto antes, sacad, oh amigos, al que es funesto en gran medida, al
maldito sobre todas las cosas, al más odiado de los mortales incluso 1345
para los dioses.

CORIFEO. — ¡Desdichado por tu clarividencia, así como por tus
sufrimientos! ¡Cómo hubiera deseado no haberte conocido nunca!

Antístrofa 2.^a

EDIPO. — ¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tomó en los
pastos, desatando los crueles grilletes de mis pies, me liberó de la 1350
muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera
muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para 1355
mí y los míos.

CORO. — Incluso para mí hubiera sido mejor.

EDIPO. — No hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni me
habrían llamado los mortales esposo de la que nací. Ahora, en 1360
cambio, estoy desasistido de los dioses, soy hijo de impuros, tengo

1365

hijos comunes con aquella de la que yo mismo —¡desdichado!— nací. Y si hay un mal aún mayor que el mal, ése le alcanzó a Edipo.

CORIFEO. — No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

EDIPO. — No intentes decirme que esto no está así hecho de la 1370
mejor manera, ni me hagas ya recomendaciones. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he 1375
cometido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, además, ¿acaso hubiera sido deseable para mí contemplar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos como nacieron? No por cierto, al menos con mis ojos.

Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagradas imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado —que fui quien vivió con más 1380
gloria en Tebas—, me privé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostrado que yo era 1385
semejante mancilla, ¿iba yo a mirar a éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contrario, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infortunado cuerpo para estar ciego y sordo. Que el pensamiento 1390
quede apartado de las desgracias es grato.

¡Ah, Citerón! ¿Por qué me acogiste? ¿Por qué no me diste muerte tan pronto como me recibiste, para que nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh Pólipo y Corinto y antigua casa paterna —sólo de nombre—, cómo me criasteis con apariencia de 1395
belleza, pero corrompido de males por dentro! Ahora soy considerado un infame y nacido de infames.

¡Oh tres caminos y oculta cañada, encinar y desfiladero en la encrucijada, que bebisteis, por obra de mis manos, la sangre de mi padre que es la mía! ¿Os acordáis aún de mí? ¡Qué clase de acciones cometí ante vuestra presencia y, después, viniendo aquí, cuáles cometí de nuevo! ¡Oh matrimonio, matrimonio, me engendraste y, habiendo 1400
engendrado otra vez, hiciste brotar la misma simiente y diste a conocer a padres, hermanos, hijos, sangre de la misma familia, esposas, mujeres y madres y todos los hechos más abominables que suceden entre los hombres! Pero no se puede hablar de lo que no es noble hacer. Ocultadme sin tardanza, ¡por los dioses!, en algún lugar 1410

fuera del país o matadme o arrojadme al mar^[62], donde nunca más me podáis ver. Venid, dignaos tocar a este hombre desgraciado. Obedecedme, no tengáis miedo, ya que mis males ningún mortal, sino yo, puede arrostrarlos. 1415

CORIFEO. — A propósito de lo que pides, aquí se presenta Creonte para tomar iniciativas o decisiones, ya que se ha quedado como único custodio del país en tu lugar.

EDIPO. — ¡Ay de mí! ¿Qué palabras le voy a dirigir? ¿Qué garantía justa de confianza podrá aparecer en mí? Pues de mi enfrentamiento anterior con él, en todo me descubro culpable. 1420

(Entra Creonte.)

CREONTE. — No he venido a burlarme, Edipo, ni a echarte en cara ninguno de los ultrajes de antes. *(Dirigiéndose al Coro.)* Pero si no sentís respeto ya por la descendencia de los mortales, sentidlo, al menos, por el resplandor del soberano Helios que todo lo nutre y no mostréis así descubierta una mancilla tal, que ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán. Antes bien, tan pronto como sea posible, metedle en casa; porque lo más piadoso es que las deshonras familiares sólo las vean y escuchen los que forman la familia. 1425 1430

EDIPO. — ¡Por los dioses!, ya que me has liberado de mi presentimiento al haber llegado con el mejor ánimo junto a mí, que soy el peor de los hombres, óyeme, pues a ti te interesa, que no a mí, lo que voy a decir.

CREONTE. — ¿Y qué necesitas obtener para suplicármelo así? 1435

EDIPO. — Arrójame enseguida de esta tierra, donde no pueda ser abordado por ninguno de los mortales.

CREONTE. — Hubiera hecho esto, sábelo bien, si no deseara, lo primero de todo, aprender del dios qué hay que hacer.

EDIPO. — Pero la respuesta de aquél quedó bien evidente: que yo perezca, el parricida, el impío. 1440

CREONTE. — De este modo fue dicho; pero, sin embargo, en la necesidad en que nos encontramos es más conveniente saber qué debemos hacer.

EDIPO. — ¿Es que vais a pedir información sobre un hombre tan miserable?

CREONTE. — Sí, y tú ahora sí que puedes creer en la divinidad. 1445

EDIPO. — En ti también confío y te hago una petición: dispón tú, personalmente, el enterramiento que gustes de la que está en casa^[63]. Pues, con rectitud, cumplirás con los tuyos. En cuanto a mí, que esta ciudad paterna no consienta en tenerme como habitante mientras esté con vida, antes bien, dejadme morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legítima sepultura para mí, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado. 1450

No obstante, sé tan sólo una cosa, que ni la enfermedad ni ninguna otra causa me destruirán. Porque no me hubiera salvado entonces de morir, a no ser para esta horrible desgracia. Pero que mi destino siga su curso, vaya donde vaya. Por mis hijos varones no te preocupes, Creonte, pues hombres son, de modo que, donde fuera que estén, no tendrán nunca falta de recursos. Pero a mis pobres y desgraciadas hijas, para las que nunca fue dispuesta mi mesa aparte de mí, sino que de cuanto yo gustaba, de todo ello participaban siempre, a éstas cuídamelas. Y, sobre todo, permíteme tocarlas con mis manos y deplorar mis desgracias. ¡Ea, oh Señor! ¡Ea, oh noble en tu linaje! Si las tocara con las manos, me parecería tenerlas a ellas como cuando veía. ¿Qué digo? (*Hace ademán de escuchar.*) ¿No estoy oyendo llorar a mis dos queridas hijas? ¿No será que Creonte por compasión ha hecho venir lo que me es más querido, mis dos hijas? 1455 1460 1465 1470 1475
¿Tengo razón?

(*Entran Antígona e Ismene conducidas por un siervo.*)

CREONTE. — La tienes. Yo soy quien lo ha ordenado, porque imaginé la satisfacción que ahora sientes, que desde hace rato te obsesionaba.

EDIPO. — ¡Ojalá seas feliz y que, por esta acción, consigas una divinidad que te proteja mejor que a mí! ¡Oh hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí, acercaos a estas fraternas manos mías que os han proporcionado ver de esta manera los ojos, antes luminosos, del padre que os engendró. Este padre, que se mostró como tal para vosotras sin conocer ni saber dónde había sido engendrado él mismo. 1480 1485

Lloro por vosotras dos —pues no puedo miraros—, cuando pienso qué amarga vida os queda y cómo será preciso que paséis vuestra vida ante los hombres. ¿A qué reuniones de ciudadanos llegaréis, a qué 1490

fiestas^[64], de donde no volváis a casa bañadas en lágrimas, en lugar de gozar del festejo? Y cuando lleguéis a la edad de las bodas, ¿quién será, quién, oh hijas, el que se expondrá a aceptar semejante oprobio, que resultará una ruina para vosotras dos como, igualmente, lo fue para mis padre?^[65]. ¿Cuál de los crímenes está ausente? Vuestro padre mató a su padre, fecundó a la madre en la que él mismo había sido engendrado y os tuvo a vosotras de la misma de la que él había nacido. Tales reproches soportaréis. Según eso, ¿quién querrá desposaros? No habrá nadie, oh hijas, sino que seguramente será preciso que os consumáis estériles y sin bodas. 1495

¡Oh hijo de Meneceo!, ya que sólo tú has quedado como padre para éstas —pues nosotros, que las engendramos, hemos sucumbido los dos—, no dejes que las que son de tu familia vaguen mendicantes sin esposos, no las iguales con mis desgracias. Antes bien, apiádate de ellas viéndolas a su edad así, privadas de todo excepto en lo que a ti se refiere. Prométemelo, ¡oh noble amigo!, tocándome con tu mano. Y a vosotras, ¡oh hijas!, si ya tuvierais capacidad de reflexión, os daría muchos consejos. Ahora, suplicad conmigo para que, donde os toque en suerte vivir, tengáis una vida más feliz que la del padre que os dio el ser. 1500 1510

CREONTE. — Basta ya de gemir. Entra en palacio. 1515

EDIPO. — Te obedeceré, aunque no me es agradable.

CREONTE. — Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO. — ¿Sabes bajo qué condiciones me iré?

CREONTE. — Me lo dirás y, al oírlas, me enteraré.

EDIPO. — Que me envíes desterrado del país.

CREONTE. — Me pides un don que incumbe a la divinidad.

EDIPO. — Pero yo he llegado a ser muy odiado por los dioses.

CREONTE. — Pronto, en tal caso, lo alcanzarás.

EDIPO. — ¿Lo aseguras? 1520

CREONTE. — Lo que no pienso, no suelo decirlo en vano.

EDIPO. — Sácame ahora ya de aquí.

CREONTE. — Márchate y suelta a tus hijas.

EDIPO. — En modo alguno me las arrebatas.

CREONTE. — No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEO. — ¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a 1525
Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre
poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su
destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar! De
modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira 1530
puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin
haber sufrido nada doloroso.